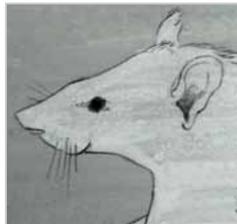


Cualquier cosa, menos quietos

# UNIVERSO CENTRO

Número 21 - Marzo de 2011 - Distribución gratuita - [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)





Universo Centro  
Publicación mensual  
Dirección y fotografía  
Juan Fernando Ospina  
Comité editorial  
Sergio Valencia  
Fernando Mora  
Pascual Gaviria  
Guillermo Cardona  
Juan Carlos Orrego  
Corrección  
Sergio Valencia  
Diseño y diagramación  
Lyda Estrada  
Distribución  
Érika y los Gustavos  
Coordinación comercial  
Velia Vidal  
Prensa  
Catalina Trujillo  
Asistente universitaria  
Yudy Enríquez

Es una publicación de la  
Corporación Universo Centro  
Número 21 - Marzo 2011  
10.000 ejemplares  
Impreso en La Patria

Distribución gratuita.

www.universocentro.com

## A veces llegan cartas

**E**n 20 ediciones de vida que tiene UC hemos recibido toda suerte de cartas. En unas nos echan flores, en otras lodo y en otras mierda. Es parte del oficio. Las que cuelgan los lectores en los comentarios de nuestra página web, así echen pestes, ahí se quedan por buen tiempo, pero aquellas que llegan por escrito a nuestro correo, pues obviamente las leemos y en casos especialmente controversiales damos una respuesta privada. Si convirtiéramos a UC en un foro de nunca acabar acabaríamos con el periódico. Por lo extenso y aburrido de algunos reclamos, por su aire de superioridad moral, por sus tics que pretenden cambiar el mundo cambiando la gramática. Y porque las respuestas hay que pensarlas demasiado. Un buen chiste de nuestro pornógrafo de cabecera, un negro que trata de negro al protagonista de su crónica, una pesadez en contra de la corrección política hacen parte de nuestros gustos y nuestra responsabilidad. Lo sentimos por quienes ven una execrable posición editorial detrás de una metáfora.

La explicación para no darle largas al asunto es muy sencilla: en UC pregonamos, defendemos, alcagüetamos y publicamos ante todo periodismo y letras de autor, un amplio género que va de la crónica ligera al reportaje de profundidad; de la literatura al arte gráfico y de ahí a la fotografía y el cómic; de la noticia escueta a la columna de opinión, todo en uno o por separado, según el real saber y entender del periodista de marras.

Como posición editorial, si se quiere, en UC defendemos la controversia provocativa, la discusión, así como la diversidad, la multiculturalidad, el bi y aún el trisexualismo, hasta la polémica dura que puede rayar con la injuria y la calumnia. Porque nos gustan las imputaciones deshonrosas y el señalamiento desde la tinta un poco antes de la condena penal.

De manera que si una persona, empresa o grupo organizado considera lesionados sus derechos por la posición expresada por cualquiera de nuestros colaboradores, pues les invitamos muy cordialmente a que pergeñen un artículo para ser puesto a consideración del consejo editorial de esta buhardilla periodística.

Vale anotar que los ruidos más estridentes han llegado desde los activismos de los afroamericanos, los tokumbos, los afro sin americanos, los negros, los afrocolombianos, las negritudes; y desde las feministas, las mujeristas, las representantes minoritarias del sexo mayoritario, las evistas... Tristemente nos ha sido imposible publicar sus cartas, están en un idioma tan enardecido que necesitaría la traducción de una negra tranquila, desprevenida, un poco menos rayada por las militancias, la Negra Nieves por decir algo.

Nuestros lectores esperan de UC temas profundos, divertidos y escasos, pero sobre todo bien escritos. ☺

# Disney World para intelectuales

Andrés Burgos. Ilustraciones por Verónica Velásquez

**¿**Disney World? ¿Los parques de Orlando? Un rictus de desprecio, con no pocas dosis de juzgamiento, fue la nota común entre la mayoría de aquellos a quienes les conté mi destino. A mis amigos intelectuales no les cayó muy bien la idea de que un tipo a los 37 años, sin hijos, decidiera tomar ese rumbo en sus vacaciones. El hecho de que en el viaje me acompañara mi esposa matizaba las acusaciones veladas de presunta pederastia, pero las miradas sospechosas continuaban abriendo un abanico donde la inmadurez y el aburguesamiento fueron ingredientes básicos. Mi teoría improvisada de que Disney World podría considerarse algo así como La Meca del mundo occidental no caló entre ellos.

Yo mismo entré en dudas mientras un gigantesco burrito de huevo —un desayuno gringo liviano— se retorció en mi estómago en el trayecto de Miami a Orlando vía el Turnpike, una de las autopistas más aburridas en un país de autopistas aburridas y, lo más grave de todo, con paradas muy distantes una de otra. Como si esto fuera poco, mi mujer se dedicó a cuestionar las indicaciones que nos dictaba la voz femenina del GPS.

—¿A la derecha? A mí me parece muy raro —resollaba intentando mellar mi fe en los sistemas de información satelital.

¿Conocer a Mickey Mouse en extratiempo justificaba el esfuerzo? Mi vindicativo niño interior decía que sí. Había llegado la hora de la revancha después de haber pasado la infancia vacacional entera metido en una carpa Calé, de San Bernardo del Viento a algún pueblo perdido antioqueño y viceversa. Siempre llegaba uno o dos días tarde al colegio dependiendo de un río que se crecía o del derrumbe de turno en la carretera.

A mi adulto exterior y a mi intelectual fluctuante los asediaba el miedo de haber cedido a un impulso frívolo, intrascendente, y sobre todo caro. La inseguridad había amainado después de que mi metabolismo —en titánica lucha— hubiera reducido el peso del burrito a sus justas proporciones, pero recobró ímpetu cuando se me aflojaron las piernas entre el gentío que rebosaba uno de los muchos parques (de Disney, de Universal o de la cadena dueña de Sea World y Busch Gardens, etc.). Nunca había visto tal cantidad de seres humanos agolpada ni en un concierto ni en un partido de fútbol. Si louyo no son las multitudes, por allá ni se arrime.

Y faltaban las filas, que en longitud y tiempo de espera superaban a todas las que había hecho en los últimos años. ¡Juntas! Carajo, había venido a hacer cola en dólares. Cola para acceder, principalmente, a atracciones mecánicas que proveían una inyección de adrenalina que tal vez no estuviera a la altura de la de un taxi bogotano, de un Circular Sur en la guerra del centavo en Medellín o de una flota intermunicipal en la costa.

Rodeado de tiendas de todos los souvenirs posibles del universo, luces artificiales, parejas jóvenes con tres hijos en promedio, monumentales muslos asados de pavo en manos de seres obesos y encargados con sonrisas corporativas tatuadas en el rostro comprobé que había caído en la falacia de la infantilización, de la fantasía por diseño y encargo. Había entrado en un tubo de ensayo, un laboratorio de placer pueril programado. Los analistas del comportamiento humano y los métodos de manipulación masiva tenían razón.

¿El resultado? Pasé buenísimo. Disney world y sus similares son como un fármaco bien prescrito, con efectos predecibles y contundentes. Me divertí tentando mis instintos suicidas en las montañas rusas, riéndome con las coreografías de ballenas que por suerte no se comieron a sus entrenadores, viendo adultos gozar porque los menores gozaban y sorprendiéndome con la proliferación multitécnica de niñas vestidas de princesas, dueñas de caras radiantes francamente envidiables. En juegos, peluches, tiendas y golosinas sí habita la felicidad.

Salí con los pies ampollados de tanto caminar, el saldo de la cuenta bancaria en rojo y la sonrisa satisfecha que otorga el placer superficial. Ninguna moraleja. La liviandad del adulto sin culpa. A veces el gozo consiste en añiñarse, en adormecer el espíritu crítico para comer una hamburguesa en lugar de algo alimenticio o dejar de lado el cine iraní y ver una comedia romántica un domingo por la tarde.

Es absurdo dedicar siquiera un párrafo a decir que si uno va a un parque de diversiones se divertirá, pero es que en estas épocas de excesiva corrección política, de demasiado hacer lo que se debe hacer, de esto o aquello pero nunca los dos, confesar que se disfruta de la banalidad puede equivaler a salir del clóset intelectual. Uno de los últimos tabúes de los ambientes donde dicen que no hay tabúes. ¿Qué dicen de eso mis amigos letrados? Unos todavía me deploran. Otros están solicitando la visa porque planean ir. “Es por lo niños”, argumentan. No todos están dispuestos a reconocerle al gringo lo que es del gringo. ☺



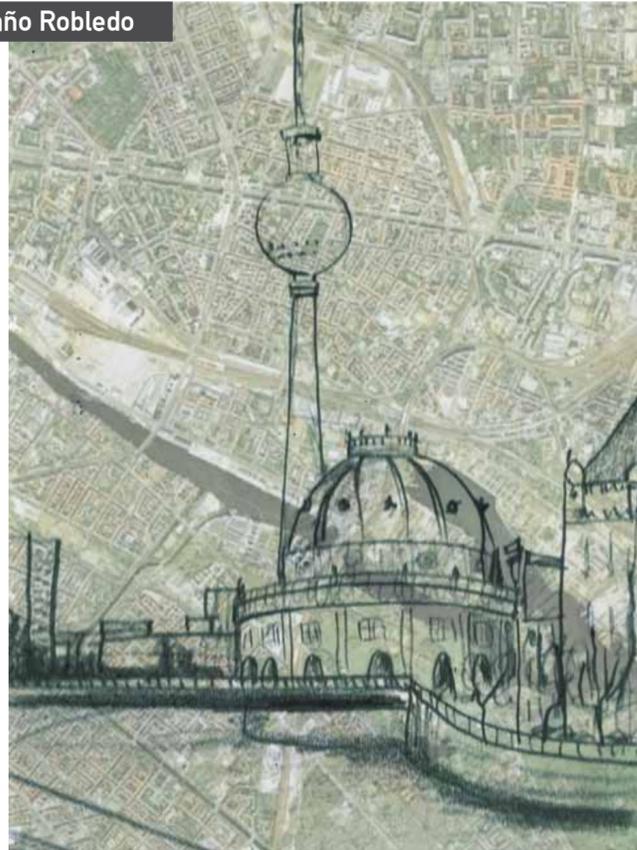
A mi adulto exterior y a mi intelectual fluctuante los asediaba el miedo de haber cedido a un impulso frívolo, intrascendente, y sobre todo caro.

# Geografía Universal

Otros centros



Silvio Bolaño Robledo



## Ámsterdam

El puerto resopla el viento del Nordzee por las calles empedradas del centro. Canales paralelos conducen el agua salada por la ciudad, trazando sus barrios en hemiciclos conectados por puentes en las esquinas. En la fachada de Stationsplein, un anemómetro con acabados en oro señala a los marineros la oscilante dirección de la brisa. Allí se abordan el tren, el tranvía, el autobús y el metro, los cuales están integrados con velocidad y precisión. Aún así, los *amsterdamer* prefieren la movilidad de los velocípedos. De hecho, el real censo estima cinco puentes y cinco bicicletas por individuo.

Los edificios son angostos pero profundos. Construidos cuando el impuesto catastral era cobrado de acuerdo al ancho de cada inmueble, poseen grúas en el ápice para subir pianos en los trasteos. En ellos deben intervenir vecinos de tres y hasta cinco condominios. Esto la ha convertido en una de las ciudades favoritas de los músicos europeos.

Semejante impresión de estrechez, sumada a la intervención del agua y del viento en su arquitectura, han determinado la autenticidad de su perspectiva. Por esto los viajeros encuentran torcidas las casas más viejas, o el color del campo en el cuadro *Krähnen über Weizenfeld* de Van Gogh, ilógico. El hecho es que el río Amstel desemboca las aguas y los vientos de la ciudad hacia el Nordzee, generando de este modo una ventilación circular y una percepción oscilante del color y del movimiento —similar a la que sienten los marineros en alta mar—, entre los nativos. De ahí el que ellos sean tolerantes y hayan legalizado la prostitución y la droga de marihuana, generándole a la corona importantes beneficios en impuestos y salud pública.

Decenas de meretrices aguardan a sus clientes en las higiénicas vitrinas del Red Light District. Condicionadas para el acto venusino, les separan puertas de vidrio con cortinas rojas que las concubinas abren y cierran para recibir sus coimas. Todas tienen dispuesta una iluminación de neón rojo que identifica al lupanar, el cual es visitado diariamente por centenares de epicúreos y turistas. El distrito ha sido planeado en un sitio estratégico gracias al cual los *amsterdamer*, de quererlo, pueden vivir sin encontrarse jamás en sus rutas.

Se destaca la presencia de gatos y motivos fálicos en los kioscos del centro. Lucen banderas XXX en las calles y fotos de la monarquía Orange en los restaurantes. No está permitido fumar tabaco en sitios públicos pero sí en las casas, cafés de café y bares de cerveza. En los Coffe Shop, en cambio, está prohibido el consumo de alcohol; en algunos de ellos no se vende café y solo es posible usar tabaco para acompañar al *cannabis* en su ingesta.

El cono urbano aglomera más cisnes y gaviotas que palomas. No hay flamencos. Los papás se disfrazan para ir al teatro con los niños el domingo. Ellos son transportados en coches que los adultos adaptan a bicicletas y triciclos. Tiendas de pescado, quesos y tulipanes, se extienden hasta donde termina la calle Albert Cuypstraat. Allí se encuentran más de 120 tipos de quesos. Hay quienes estudian sus sabores toda la vida. De igual manera con los tulipanes y los arenques. Todos los vendedores son políglotas.

## Berlín

Una torre en aguja rasca el ombligo del cielo de Alexanderplatz, en el centro de Berlín. Los nativos caminan alrededor con salchichas en las manos mientras los japoneses toman fotografías. En invierno huele a vino caliente con manzana y los adultos arrastran a los niños con trineos. Entonces los japoneses afirman que Europa huele a leche en salsa de curry.

Cerca de Weinmeisterstraße hay un salón dedicado al cine. Las mujeres fuman cigarrillos entre penumbras rojas de luces de neón. El corredor da a un pasillo derecho donde empieza la galería, cuyos muros tienen puertas a ambos lados y están pintados con colores y formas impredecibles, pero significantes. Toda puerta puede abrirse. La escalera de caracol conduce a una estancia sórdida con gabinetes donde reposan monstruos en soluciones de vinagre y alcohol. Un hombre con cables controla el ruido mientras la gente bebe y fuma. Casi todos son hispanoparlantes.

Según los politólogos, cada teutón consume al año 120 litros de cerveza, desde que tienen juicio y uso de razón. Lo cual, a diferencia de otras culturas, suele suceder a edad temprana. Todos los niños saben inglés, latín y música, pero suelen pasar largas temporadas sin poder patear las piedritas de las calles, durante el invierno. Esto explica el juego aéreo de sus selecciones de fútbol.

Es permitida la entrada de canes en el metro, de ahí el que sea gratis para los turistas. En la esquina de Rosenthalerplatz ofrecen la copa de vino y el buffet por 2 €. Lámparas de araña, un óleo de Napoleón y una gruta con un cosmonauta junto a la Virgen de los Dolores, hacen las alegrías de la estancia. Puedes repetir vino y goulash y dejar tu pago en una botella, a la salida. Es esta una costumbre difundida de un lado del oeste del muro, y practicada tanto en restaurantes como en galerías de arte. En Tachless, por ejemplo, los artistas exponen sus obras en una estructura de cuatro pisos con estudios separados por muros de metal, hechos para ser escritos. Allí son presentadas dichas botellas a las visitas.

Han sido vistos zorros blancos en Elizabeth Kirche; animales que comparten el ecosistema silvestre del ciervo y cuyas imágenes adornan el alcohol de 42 hierbas que procesan las esposas de los cazadores en las selvas aleñañas. Ahora bien, el zorro blanco no existe y se trata del mismo *vulpinis* que en invierno se cambia de chaqueta, porque es zorro. No obstante semejantes atributos, los berlineses prefieren al oso común, al cual tienen por símbolo de la ciudad y le confieren propiedades sagradas, erigiéndole efigies en variopintas superficies que los visitantes pueden adquirir en los kioscos por 1,50 €.

Desde la caída del muro que dividía a la ciudad en Rusia, Francia y los Estados Unidos, ha crecido el desinterés de los ciudadanos por saber la hora exacta. Lo cual quiere decir que el tiempo no tiene importancia para ellos sino únicamente en tanto referencia, esto es cuánto resta o cuánto ha sucedido. O sea que no lo consideran una entidad real. De ahí el que, por ejemplo, los relojes de la estación indiquen los minutos que faltan para la llegada de los trenes. Hecho que comprueba la existencia del tiempo en Berlín, pero a la manera del muro. Para el caso de su geografía ubicamos tantos tiempos como muros recurrentes, según lo visto. ☺



Ahorrar con paciencia  
y gastar con parsimonia



[www.confiar.coop](http://www.confiar.coop)

CUALQUIER COSA, MENOS QUIETOS  
CENTRO UNIVERSINI

visita nuestra renovada página  
[www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)

UC

# El cambio climático y el invierno en Colombia: Un juego de niñas y niños

Alexander Correa-Metrio, Ilustraciones por Nafalía Fernández

Desde tiempos inmemoriales los hombres hemos considerado siempre que todo tiempo pasado fue mejor y que no hay diciembres como los de antes. Esta imprecisa impresión resulta más categórica cuando hablamos del clima, sobre todo porque los hombres tenemos muy mala memoria. Lo cierto es que, muy a pesar de ser sensibles a los cambios introducidos por las actividades humanas, las condiciones atmosféricas son indiferentes a la impaciencia o el sufrimiento de las personas; y el clima, como la vida misma y el vasto universo, es dinámico y cambiante.

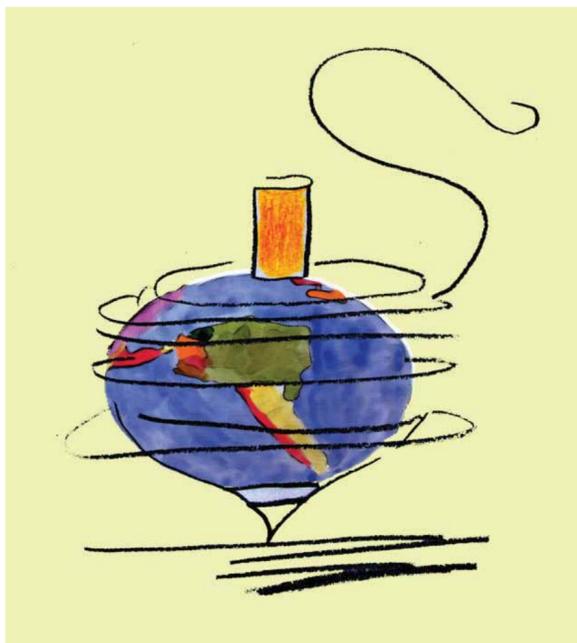
Esa especie de pesimismo vital (si todo lo pasado fue mejor, qué podremos esperar del futuro) quizás explique la indiferencia de las personas de a pie, finalizando el mes de marzo del 2011, en Medellín y en Bekasi. Nadie parece captar las profundas consecuencias que tendrá el cambio climático en la cultura y la civilización occidental, con todo su engranaje de capitales y conocimientos y guerras y hambrunas, entrevistas por televisión o cruzando raudas por la Internet.

Que el clima está cambiando lo nota el menos pintado. Qué tan grave y profundo será el cambio, es cuestión de la que nadie puede estar seguro, pues si bien se ha establecido ciertos parámetros de la historia del clima en nuestro planeta, con datos que alcanzan a remontarse millones de años en el pasado, el mismo rigor científico con que se reconstruye esa inasible memoria indica que cualquier cosa puede pasar, como puede que no pase nada, al menos por un tiempo. Sin embargo, ese acervo de información científica también sugiere que los hábitos de nuestra sociedad moderna están alterando el curso de la historia natural y llamando a la *catástrofe* ("1. f. Suceso infausto que altera gravemente el orden de las cosas", DRAE) a ser parte fundamental de nuestro destino como especie. La catástrofe de la última ola invernal en Colombia que dejó millones de damnificados; la de las temporadas de sequía de los 90 que dejó a oscuras a todo el país; la de las altas temperaturas que se registran en el Polo Norte; la de la peor sequía del río Amazonas en mucho tiempo; la de los huracanes que han azotado el Caribe en las últimas décadas... La lista podría seguir casi interminable. Porque la catástrofe humana no reside en la sequía o la inundación, ni en el frío o el calor, más bien está del lado de la pobre respuesta que le damos como sociedad a los infortunios ambientales.

Esa falta de aptitud frente a los cambios no juega a nuestro favor a la hora de adaptarnos a condiciones que están cambiando a una velocidad de la que no se tiene registro en por lo menos los últimos 100 mil años. Cambios que muy seguramente son consecuencia de nuestras propias acciones y omisiones, de nuestro furor consumista, de nuestra ambición irresponsable y de nuestra falta de consideración con las dinámicas del planeta que nos hospeda. El peso cultural del término catástrofe, sin embargo, es una frustración para el funcionamiento natural de la Tierra. El levantamiento de las cadenas montañosas mediante procesos tectónicos o volcánicos, la transformación del paisaje por la erosión que trae consigo la lluvia, son acontecimientos ajenos al sentido de *catástrofe* y no pueden ser calificados como "sucesos infaustos que alteran gravemente el orden de las cosas".

## La última edad de hielo

Hace 120 mil años la Tierra era en promedio dos grados centígrados más cálida de lo que es hoy. De pronto, y por un período de 10 mil años, las temperaturas comenzaron a disminuir gradualmente hasta sumir el planeta en la era glacial, la última pero no la última. Durante ese período que duró más de 80 mil años, el hemisferio norte se cubrió de una capa de hielo que alcanzó los tres kilómetros de espesor en



La catástrofe humana no reside en la sequía o la inundación, ni en el frío o el calor, más bien está del lado de la pobre respuesta que le damos como sociedad a los infortunios ambientales

algunas áreas. El nivel del mar descendió 120 metros y las costas se extendieron a tal punto que lo que hoy es Florida duplicó su extensión. Luego, hace unos 18 mil años, sin razón aparente y sin que el hecho lo anunciara acontecimientos relevantes, la temperatura del planeta de nuevo empezó a subir, provocando el deshielo de los glaciares y elevando en consecuencia el caudal de los ríos y el nivel del mar. Y otra vez la dinámica del clima se adaptó al ciclo: había llegado el interglacial cálido.

Así había ocurrido muchas veces en el pasado. Estos ciclos se explican por los cambios en la órbita de la tierra, la cual gira como un trompo (movimiento de precesión), variando su ángulo de inclinación y la forma de su órbita. El ángulo de inclinación es de unos 23 grados, pero cambia unos 2,4 grados cada 40 mil años, causando variaciones sustanciales en la distribución de las estaciones climáticas. Por su parte, la forma de la órbita varía entre circular y elíptica en periodos de 100 mil años. El primer parámetro orbital, la precesión, regula las fechas en las que llegan las estaciones y ocurren los equinoccios. La conjugación de los cambios en estos atributos orbitales, por minúsculos que parezcan, necesariamente varían la cantidad de radiación que recibe la Tierra en sus diferentes latitudes y determina la manera como dicha radiación se distribuye a través del año.

Por contradictorio que parezca, la constante en los últimos dos millones de años ha sido un sucederse de ciclos de variación, un ir y venir de épocas frías y cálidas, un permanente trashing de hielo, nebulas, y naturalmente plantas y animales y, durante los últimos 200 mil años, también de personas.

## A falta de hielo, lluvias

En la zona tropical, donde las temperaturas son más altas en términos relativos al promedio global, los cambios debidos a los ciclos glaciares afectaron menos el ambiente que los cambios asociados con el patrón de las lluvias. A mayor temperatura marina, mayor evaporación y mayor nubosidad. En la región centro y suramericana, la cantidad de lluvia que se recibe y la forma como se distribuye a través del año, están estrechamente rela-

cionadas con las temperaturas oceánicas: las nubes parecieran viajar persiguiendo las zonas marinas de mayor temperatura. El clima moderno en el trópico está controlado básicamente por la migración anual de los cuerpos marinos de agua cálida. Durante el verano del hemisferio norte (junio-agosto) el cinturón de nubes se va al norte, mientras durante el invierno (diciembre-febrero) el cinturón de nubes se va al sur. A su paso por Colombia, la franja nubosa se desvía hacia el continente, donde el vapor se condensa y se precipita en lluvia, produciendo las temporadas secas y lluviosas que caracterizan el clima de nuestro país.

En los periodos glaciales, las bajas temperaturas del hemisferio norte produjeron un desplazamiento significativo y permanente de las aguas cálidas hacia el sur, generando un patrón de sequías en Centroamérica y el norte de Suramérica, y largas temporadas de lluvia al sur del Ecuador. Un patrón contrario ha emergido durante las épocas cálidas, tal como la que vivimos hoy, la cual ha prevalecido durante los últimos 10 mil años.

## El clima en Colombia

A pesar de su gran magnitud, los cambios climáticos a escalas geológicas se registran paulatinamente y pueden durar miles y miles de años. Sin embargo, la percepción humana está restringida al recuerdo de dos o tres generaciones anteriores y poco más. Aún hoy, cuando contamos con sofisticados recursos científicos para vislumbrar en el pasado remoto esos cambios colosales, apenas alcanzamos a comprender sus consecuencias o su relación con otras variables climáticas que afectan nuestro entorno y que, eventualmente, generan pérdidas millonarias en los contextos macro y microeconómicos colombianos y hasta la pérdida de vidas humanas.

Es decir, atravesamos una época de temperaturas cada vez más altas con tendencia a la sequía, pero al mismo tiempo, temporadas invernales

como la de 2010-2011 resaltan la importancia de prestarle atención a otros mecanismos que operan en el corto plazo y a una escala más regional.

Como ejemplo emblemático podríamos hablar del fenómeno de El Niño. Cuando se presenta esta anomalía, el Océano Pacífico al frente de Perú registra temperaturas más altas de lo normal, generando una zona de alta evaporación. Durante los años de El Niño, la zona de alta nubosidad que regula las lluvias en los trópicos americanos es atraída hacia el sur por las aguas cálidas del Pacífico, dejando el norte de Colombia y Venezuela, así como a parte de Centroamérica, en condiciones de sequía extrema. En contraste, los años durante los cuales ocurre una anomalía fría en la costa peruana, el cuerpo de agua fría impide el desplazamiento hacia el sur de la zona de máxima nubosidad. Frente a la imposibilidad de migrar al sur, las lluvias se estacionan en la zona norte de Colombia y Venezuela y el sur de Centroamérica. Un fenómeno contrario conocido como La Niña.

## Quién entiende a niños y niñas

Pese a los grandes esfuerzos que se han invertido para encontrar una explicación científica de estos ciclos cambiantes de frío y calor en las aguas del Pacífico, aún no conocemos el mecanismo preciso que genera estas anomalías, a veces cíclicas en periodos cortos, a veces estacionarias en periodos largos. Al igual que los ciclos cálidos y fríos entre glaciaciones, que se presentan a muy largo plazo pero que se turnan, El Niño y La Niña se vienen alternando para hacer de las suyas en esta región del continente desde hace más de seis mil años. En el caso particular de Colombia, es probable que regímenes de lluvias de la magnitud que vivimos durante esta temporada invernal, precedidas por sequías como las de los 90, hayan sido la regla durante buena parte de los últimos seis o siete mil años.

No sería descabellado incluso tejer una asociación entre el frecuente recambio cultural en Los Andes y Mesoamérica, y las graves alteraciones en la duración de las temporadas de lluvias y de tiempo seco, es decir variaciones decadales de El Niño y La Niña. Acaso estas drásticas variaciones climáticas expliquen también la desaparición de civilizaciones como la de los Toltecas y los Mayas en Centroamérica, o de culturas que alguna vez habitaron en Colombia las regiones de San Agustín y Malagana.

Entre el frío y el calor, entre la lluvia y la sequía, la vida en el trópico ha caminado a ese vaivén, desapareciendo y forjando especies, alteran-



do el paisaje y trazando otras costas, mientras los continentes mismos se mueven sobre sus placas tectónicas, yendo de aquí para allá en una danza en ralentí sin explicaciones, siempre los hombres al borde del abismo y sin tener más a quien acudir para socorrernos que a nosotros mismos. ☺

Alexander Correa-Metrio  
PhD Research Scientist  
Departamento de Ciencias Biológicas  
Florida Institute of Technology

Un sobre de manila apareció muy planchado debajo de la reja que protege la cantina que sostiene a UC. Solo decía: "Escrito en el 2001 por I. Arenas", un nombre increíble. La lectura de esa página nos llevó a darle vuelta al bar El 20 de julio. El amarillo y el negro en la cornisa explicaron el motivo del sobre de manila: Las motos copan las calles, inundan los subterráneos, invaden el radio, fastidian... pero son el transporte, socio. Aquí está la crónica de hace 10 años del I. Arenas de hace 10 años.

# Bar El 20 de Julio

I. Arenas



En el sótano del edificio que la gente llama "el portacomidas", se encuentra El Bar 20 de Julio. La puerta del bar se con-funde con los accesos a los locales comerciales de los bajos. Sólo un letrero en madera, con el Número y el Mes, lo anuncia a su patriótica clientela. Las escaleras, desgastada la madera por los pasos de los clientes, parten estrechas desde el nivel de la calle y se van ampliando elegantemente a medida que llegan al nivel inferior. Justo en frente de las escalas se encuentra la barra, cuya longitud no guarda simetría algunas con otra parte del local, pues no hay paredes paralelas ni rectas, ni podría decirse que su geometría se pareciera a alguna forma en particular, diferente de una que se llamasen "portacomidas". El bar se halla dividido en dos espacios pretendidamente diferentes, uno de juegos y otro estilo cantina. Este último cuenta con un sector lúdico (cuatro máquinas tragamonedas), un sector para tinteros (con televisor elevado) y una zona de "taberna", hermo-seada con afiches sugestivos y meseras de carterita; y, casi debajo de las escalas, una pista de baile tocada con bombillos de navidad.

El segundo espacio del bar es más amplio y a su vez está dividido es dos zonas por una marquesina de madera. De estos dos apartados, el que se halla a la vista alberga unas seis mesas de billar; detrás del biombo están las mesas de cartas, en cuyas paredes se escriben las reglas generales de lo que allí se

juega. Como puede comprobarse, la distribución no es más que una extensión del estilo "portacomidas", pues no sólo cuenta el edificio con pisos como platos uno sobre otro, sino que el sótano hace honor a esa forma de recipiente en que se sirve a la hombrada en las barracas, con un espacio para cada cucharón. De todos, el ambiente que goza de mayor afición es el de billares, que cuenta tanto con jugadores como con público, a cuál más pintoresco. Entre los billarista los hay, la mayoría, que son mañosos y quieren ganar con argucias y trampas; pero también están los buenos, que dan a sus oponentes ventaja de atacar con cualquiera y ni así pueden superar sus tacadas de diez o quince carambolas. Rara vez superan los billaristas a ese público de monstruos locales que se reúne en torno a las mesas: rengos, belfos, hidrópicos (el celador, recién dotado de machede, que para dar con la bragueta del pantalón se tiene que agachar casi hasta el piso), enanos, langarutos, culichupaos, desdentados, tísicos. Y entre todos, en común, tienen que nada o casi nada consumen, y si lo hacen prefieren los artículos traídos de afuera. A esta sazón cabe mencionar el plato típico: huevo duro con arepa. El vendedor se presenta con dos baldes y una caja de plástico; en el uno reposan tibios de madera. De estos dos apartados, el que se halla a la vista alberga unas seis mesas de billar; detrás del biombo están las mesas de cartas, en cuyas paredes se escriben las reglas generales de lo que allí se

allí su natural sosiego; así haya venido a ver billar, lo hace asomando la negra cabeza por encima de la marquesina.

Tal es, a grandes rasgos, la presentación de este tradicional bar, cuya dinámica es falazmente intensa debido a la gente que entra a usar los orinales, dado que muchos bares ya no tienen orinal gratis, como sucedía por ejemplo con el Café Pilsen, mucha clientela itinerante de buena micción se ha derrotado, como si fuera deber nacional, hacia los servicios del bar. ☺

Según un recorte escondido en la Sala Antioquia, el bar El 20 de Julio, antes de ser una cueva como la describe nuestro incógnito corresponsal, fue un cafetín de periódico donde el 5 y 6 era uno de los vicios principales. Julio Arrastía, experto apostador de otros velódromos, era uno de sus clientes distinguidos. Pero volvamos al parqueadero. Las escaleras se han convertido en un malacate minero. Una máquina para evitar que vendedores y estudiantes bilingües rueden hasta ese hueco. Un tegua ofrece el invento y fue desdén durante dos meses. Al tercer mes había cobrado sus 8 millones y la guaca funcionaba como un relojito.

# La maja desnuda

Anamaria Bedoya Builes. Ilustración por Tobías

*La prostituta es la custodia de la virtud, la eterna sacerdotisa de la humanidad*  
Lecky

Paolo tiene colgada una escarpela en que apenas cabe su cara regordeta. Es de esos solitarios que andan la calle con un botón clavado en la camisa, anunciando: “Pregúnteme cómo ganar dinero desde su casa”. Nos mira hasta la cutícula de la uña y dice: “El consumo mínimo es media de aguardiente o de ron. La de aguardiente vale 70 mil y la de ron 80”. Le estiro la tarjeta débito, decididos por la de ron. “Le vale un 10 % más con tarjeta”, advierte. Le digo que no importa, mientras hago cuentas de cuantas de medias de ron son 80 mil pesos. Dice: “Me va a tener que acompañar a las cabañas porque acá adentro estamos acostumbrados al efectivo y no tenemos PAC”. No le quiero ver más la cara, así que le digo a Juan, mi acompañante, que vaya a pagar.

El lugar es una bodega. Me canso de calcular cuántos contenedores podrían caber. Fue idea de algún empresario, con delirio por Las Vegas. Le quise dar un toque veraniego con la fuente que está al fondo: un bloque de cemento dividido en tres partes, como cuevas, con unas estalactitas por las que cae el agua. En la mitad del lugar está la tarima, larga, con un arco de tubos, ninguno sobre la pista, donde baila una mujer.

Un hombre mira la bailarina con la quijada abierta. Mueve su cabeza rubia siguiendo los pasos lentos que ella da sobre unos tacones altos, repletos de piedras brillantes. Él se levanta de su silla y escurre la mano en el bolsillo. Ella lo mira coqueta, se le acerca, inclina los muslos desnudos al ritmo del jaleo de los parlantes y le pone la cadena en el rostro. Él estira el hilo de su tanga con un dedo y pone un billete de 20 mil pesos. Ella le devuelve una sonrisa, deja caer el cabello largo y negro sobre su rostro, gira para darle la espalda. Sigue bailando. Cuando la música se detiene, desciende por las escaleras y desfila de mesa en mesa. Tiene los senos redondos y duros. Una voz masculina, gangosa, sale de los parlantes al estilo de un locutor de emisora tropical: “Acabamos de ver a la hermosa Paola, con su baile sensual, erótico, seductor. Les pedimos a los asistentes que sean colaboradores con esta hermosa chica y hagan su aporte voluntario”.

Las mesas están llenas de tipos con cara de haber estado ocho horas en un cubículo. No se resisten a que Paola reciba el billete y se vaya. Le aprietan las manos, le hablan. Ella ríe y trata de zafarse con delicadeza. Un tipo le toca la nalga. Ella da un paso que la aleje de las manos inquietas, pero él insiste. Paola alza su mirada hacia un extremo de la discoteca y pide ayuda agitando la mano, como si un cucarrón tratara de montarse al tacón. Dos hombres-gorilas, barrigones y con chaqueta de Seguridad Privada, se acercan; no hacen nada, pero amenazan con la presencia de sus músculos.

Juan regresa contando lo que le dijo el mesero, cuando lo llevó a las cabañas: “Te vale 50 la hora con tu novia. Si quieres con una de las chicas son 170, 50 minutos o el polvo”. Le digo: “¿Cómo así? ¿Si te venís antes se acabó la fiesta?”. Me dice que sí. “¿Y vos que que-

rés?”, le pregunto. Se ríe, no responde.

Es hora de dar nuestro aporte voluntario, pero acá no puedo camuflarme entre la gente como en esas obras malas de teatro en las que el actor, con el sudor escurriéndole el maquillaje, espera sonriente a la entrada. “¿Cuánto le damos?”, pregunto. El billete más chiquito que tenemos es de cinco. Paola ya está encima. Juan le estira el billete. “Vas a tener que menudear un billete de diez por de mil”, me dice. “¿De a mil pesos? Eso es muy poquito, yo me emputaría”, le digo. “Los manes de esa mesa le dieron mil pesos”, explica. Me paro avergonzada con el billete. La caja está cerca de la entrada. El tipo que atiende está metido en una pequeña caseta. Como si se tratara de un juego de maquinitas donde ya está listo el menudeo, me pregunta: “¿Por billetes de dos mil?”. “Sí”, le digo, aunque de a mil duraría para diez tandas. No puedo evitar la emoción, como una niña en un parque de diversiones: tiquetera en mano, obsesionada con el mismo juego.

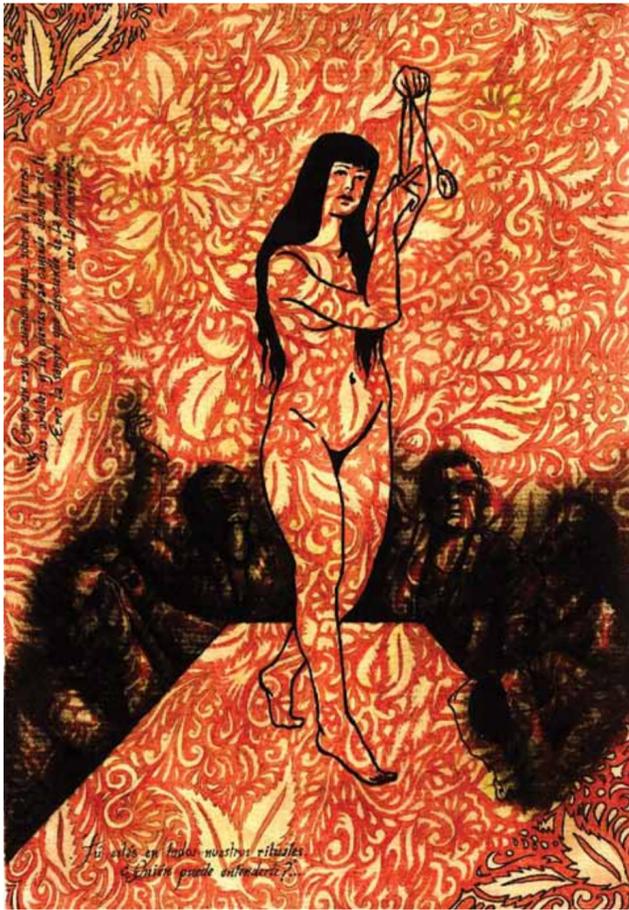
En la mesa de enfrente, tres chicas conversan. Trabajan aquí, como la mayoría de las que están sentadas en otras mesas. Después de bailar, se visten y regresan. Se ven más jóvenes que cuando están desnudas. Cuatro hombres se les acercan, son extranjeros. Pueden ser chinos, filipinos o peruanos. Las invitan a una copa, les preguntan cosas y ellas se rien. Imagino alguna propuesta enfermiza porque ellas no les prestan atención. “No nos gusta que nos meen”, pienso, exagero.

En el palco —un pequeño balcón que queda a un extremo del lugar—, cuatro hombres sentados en un sofá rojo cargan, cada uno, a una chica. Se les ve sonrientes, afortunados; embutidos en ese juego en que no importa quién es quién. En sus gestos libidinosos veo tranquilidad, desatados de la promesa de una flor, libres de un “Juntos para siempre”. Ellas les acarician el rostro y beben de sus copas. Uno de ellos, gringo, se para con la que ha escogido, la segunda de su noche. Bajan del balcón tomados de la mano y desaparecen camino a las cabañas.

Me quedo sola mientras Juan fuma afuera. De vez en cuando, alguna chica se acerca a pedirme un ron; lo sirvo como una orden: aquí nadie se niega. No me preguntan mi nombre, no me acarician el cabello. Yo no soy una clienta potencial. Algunas llegan con su propia copa y se van, otras toman de la mía. Sorben el trago, dicen “gracias” y se marchan.

La voz gangosa vuelve a los parlantes para anunciar a Natalia, “la mujer que los va a deleitar con su baile”. Un coro tribal resuena y aparece en la tarima una mujer blanca con el cuerpo cubierto por una malla negra. Todos se quedan en silencio mientras la voz de Andreas Harde llena los oídos: “If you want, then start to laugh / If you must, then start to cry / Be yourself don't hide / Just believe in destiny”. Natalia mueve su cuerpo como si fuera una hoja solitaria danzando en el viento. Nuestros ojos son suyos. Se desliza por el tubo, abre sus piernas como si levitara, y con una mano se quita la malla. Tiene pechos pequeños de pezones rosados. Es La maja desnuda.

Me siento lejos del lugar donde los hombres asisten para que muchachas llenas de curvas les enciendan el falo. Natalia putea como todas las demás, pero me



dicen sus ojos claros que ella sabe lo que tiene entre las piernas, el molesto misterio de su naturaleza. “That’s not the beginning of the end / That’s the return to yourself / The return to innocence”. Las demás también la miran, mudas, porque hace lo que ellas no: bailar como si fuera a morir en la pista.

Un rubio la sigue desde abajo, sus ojos alucinan. Mete su mano al bolsillo y le arroja billetes de diez y veinte mil pesos que dan vueltas en el aire y caen sobre ella. Empieza a sonar la segunda canción. Levanta la pierna derecha y la arquea sobre su espalda, y apoya el tacón negro sobre su hombro y se acaricia la mejilla con la pantorrilla. Natalia canturrea la canción que sale de los parlantes, una letra de adolescente enamorada: “Pero antes de andar y salir de tu vida / y andar solo / quisiera llorar y sacarme de adentro tus besos, tu cuerpo...”. Él, que no deja de seguirla, le arroja otro manojito de billetes. Los hombres están cegados por su belleza. Ella tiene su sexo florecido y abierto, mirando hacia la tierra.

Termina el baile y todos siguen perplejos. Natalia visita las mesas y termina con un grueso fajito de billetes. Cuando se acerca a nosotros me doy cuenta de que nos queda el último billete de dos mil. Se lo entrego con pena, me oigo pidiéndole disculpas, diciéndole que hablemos. Su voz es suave y aguda: “Apenas me vista, vengo”. Quién es ella,

me pregunto mientras la veo escurrirse hacia el vestier. Salgo y compruebo que hay brisa. Fumo mientras espero. Un hombre con los brazos llenos de tatuajes me dice que se está fumando el segundo cigarrillo, y que hace 20 minutos su primo está en las cabañas con una de las chicas. Tiene acento extranjero. Nació en Colombia pero desde los ocho vive en Estados Unidos: “Yo vine a visitar a los primos. No pensé que me fueran a traer a este lugar. Ellas me tienen impresionado, esta chica parecía del Circo del Sol”. Natalia, quiero saber quién es Natalia.

Regreso a la mesa y empiezo a buscarla con la mirada. Está en el palco, con un vestido ajustado, blanco. El gringo que se había llevado a la otra chica le habla al oído. Ella lo toma de la mano, atraviesan las mesas y se dirigen a las cabañas. Juan me cuenta lo que le dijo un hombre afuera: “Ve, ¿este hijueputa es que tiene tres güevas? ¡Es la tercera que se lleva!”. Viene la culpa. ¿Por qué salí? Debí quedarme esperando junto al vestier, como monja a la que no le alcanza la hostia y persigue al cura. Natalia no volvió. Deseé que los 50 minutos hubieran sido míos. La imaginé sentada a mi lado, imaculada, al borde de una cama con sábanas gastadas de tanto jabón. Él me la arrebató, dichoso de clavarse por tercera vez, como si buscara el fondo de un pozo. Aún me pregunto de qué hubiéramos hablado. ☹

# viaje al río Mira

Ignacio Piedrahíta. Ilustración por Jr.

Góngora, el lanchero, nos dice que la boca del Mira está a una hora y media de Tumaco, “subiendo” por la costa. “Subir”, me imagino, es ir para el norte. Pero cuando salimos de la bahía la embarcación va torciendo hacia la izquierda. Resulta que la corriente del mar va en la costa Pacífica de sur a norte, de modo que “subir” quiere decir remontarla, o sea, ir hacia el sur.

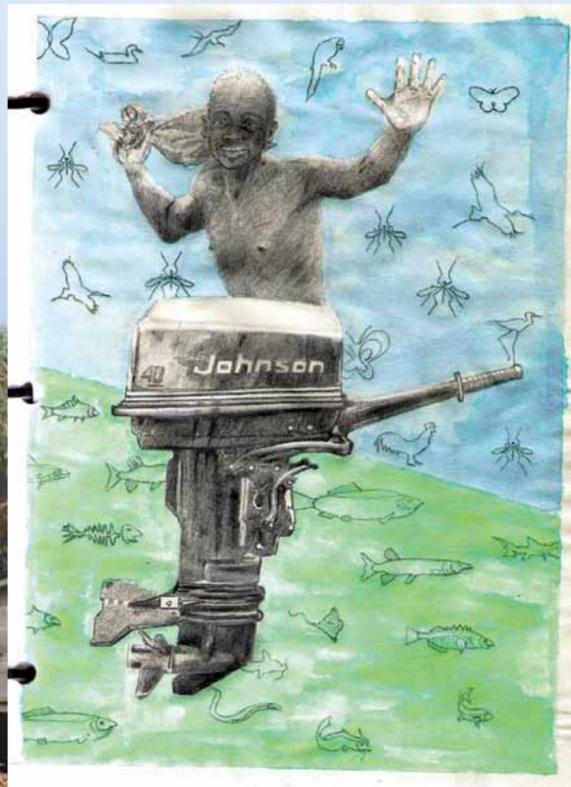
Cuando las olas son grandes, Góngora las coge de manera oblicua: sube por el frente diagonalmente y con buena potencia del motor, pero cuando llega a la cresta disminuye la marcha para caer suavemente del otro lado. Cuando son pequeñas, pasa cortándolas a toda velocidad, triturándonos los riñones.

Navegamos cerca de la costa y en cierto punto nos acercamos a lo que evidentemente es la salida de un río. Es un brazo viejo del Mira. El oceanógrafo a quien acompaño me explica que de todas las salidas de un río, solo una es la que funciona. Más adelante pasamos cerca de otras bocas antiguas y en desuso, todas a puntos de ser cerradas por largos islotes de arena.

Más “arriba”, por fin, llegamos a una enorme desembocadura de medio kilómetro de anchura. Es el verdadero canal de salida del Mira, que en las fotos aéreas se ve como una trompeta semicerrada al final por la consabida barra arenosa. La diferencia aquí es que esta barra lucha día a día contra el feroz caudal de la corriente de agua dulce.

Las orillas del río están cubiertas de bosques de manglar, cortados a su vez por esteros o pequeños ríos. Todo allí, en la desembocadura del Mira, es móvil. Unos años los canales tienen un recorrido, pero después este cambia, y solo algunos lugares sobreviven largo tiempo a tan ingente cantidad de agua. Estos lugares son llamados “firmes”, porque allí se pude levantar un pueblo sin el riesgo de tener que abandonarlo al año siguiente.

El pueblo más importante de la boca del Mira se llama Milagros Frontera, lugar de origen de Góngora. Nos acercamos en la lancha. Del último poblado importante del país antes de llegar al Ecuador, se ve lo siguiente: restos de paredes de casas, losas de cemento derrumbadas, inodoros desgonzados y partidos a la mitad. Las inundaciones de principios del 2009 pasaron alevosas por el firme.



Nos acercamos a la playa y bajamos. Góngora interrumpe el sueño de un par de pescadores que dormitan en sendos chinchorros. Detrás de las primeras construcciones destruidas el panorama es otro, pues sobreviven algunas casas espaciosas y bonitas, hechas de tabloncillos sin pintar dispuestos de manera vertical. Sin embargo están todas cerradas. Mientras el oceanógrafo y sus estudiantes toman mediciones, yo me adentro, vagando entre las calles desiertas.

Al final, en la parte más alejada de la orilla del río, hay una casa abierta. Un viejo está sentado en el porche trabajando en una red. Es una caliandra, me explica: se deja toda la noche en la salida de un estero a ver que cae. Por la limpieza del nylon, es fácil adivinar que no ha caído nada la noche anterior. Es ecuatoriano, me dice, pero llegó al pueblo hace cincuenta años, cuando este se llamaba Cabo Manglares y quedaba al otro lado del estero.

Le pido una explicación a ese anciano delgado y saludable. Baja de su entablado y me señala un descampado al otro lado del estero: allá quedaba el pueblo. Todo parece muy sencillo para quien está acostumbrado a que las aguas cambien de curso y redibujen el mapa de la tierra emergida año tras año.

Le pregunto por qué no se ha marchado, como todo el mundo. Es evidente que el pueblo se lo está llevando el río, le digo. La gente aquí está acostumbrada a que todo cambie, a volver a hacer sus casas, me dice. ¿Entonces?, replico. Por respuesta, el viejo relata la muerte del esposo de su nieta, dos años atrás. Los asesinos, dice, eran hombres sin ley que tomaron el pueblo como su propio reino; los motivos, venir el muchacho de lejos, de una tierra extraña y sospechosa; y sus métodos, macabros: colgarlo de los manglares que crecen detrás del pueblo.

No es difícil figurarse que las recientes inundaciones que arrasaron medio pueblo colmaron el deseo ya vivo de los habitantes de dejar aquellas tierras en busca de un lugar más tranquilo. Tal vez, de no haber sido por ese terror pasajero, los pobladores habrían reubicado sus hogares allí donde nuevos firmes se hubieran mostrado atractivos. Pero no fue así.

Una voz aguda se siente asomar detrás de la casa vecina. Es Góngora, que llega a saludar. Góngora es de esas personas ubicuas que en la mañana ayuda en una pescadería de la que se dice socio, a medio día se desempeña en el puerto como “inspector de pollution” y en la tarde se le ve abonando tranquilamente las plantas de la capitanía de puerto. Ya en la noche, salta a la cancha con una camiseta cortada a su medida que dice a la espalda “Gongoragol”. Me dice que es hora de continuar.

Nos embarcamos de nuevo y, no bien avanzamos por el estero que conduce desde Milagros a la siguiente boca del Mira, el motor de la embarcación se niega a obedecer. Quedamos en silencio en medio de las aguas ocres de un canal de unos veinte metros de ancho, empujados solapadamente por la corriente de la marea subiente que nos va alejando cada vez más de cualquier asentamiento, manglar adentro.

La inagotable sonrisa de Góngora va mermando hasta caer en una mueca que lo hace irreconocible. Mi consuelo no puede ser otro que una historia que va de boca en boca sobre el motorista, en la que se cuenta del rapto de la que ahora es su esposa. La que, dicen, era una atractiva muchacha, había ido desde Cali con su familia a pasar vacaciones en Milagros —lo que da fe de una población viva y no muerta como la de ahora—. Allí, Góngora habría desplegado todo su plumaje para conquistarla, a tal punto que ella misma le pidió a los padres que se fueran y la dejaran con su nuevo amor. Como aquellos se negaran, naturalmente, a semejante locura, Góngora la subió en una lancha y se perdió con ella por estos canales hasta que la familia tuvo que aceptar que lo de ellos iba en serio. Pensar que el lugar donde estamos varados sin remedio es uno de esos caños, me da una débil esperanza. Sin embargo, la historia no parece conmovir a nuestro motor de cuarenta caballos de fuerza.

Después de investigaciones y pruebas, Góngora logra establecer que la máquina se ha “acostumbrado” a la más barata y mejor gasolina ecuatoriana que viene bebiendo del primer bidón, y que ahora se niega a continuar con el combustible nacional. Con apenas una pulgada del combustible extranjero que queda en el fondo, regresamos lentamente hasta conseguir que alguien nos venda la bendita gasolina ecuatoriana. Abortado el resto del viaje, ponemos proa de regreso a Tumaco, aunque a mínima potencia, pues el carburador se ha resentido y tose como un enfermo.

Pero el lanchero no sale de nuevo al mar sino que toma una ruta interna, por esteros que se van conectando unos con otros entre el manglar. Ya no debemos soportar los saltos del bote que destruyen la columna ni los eventuales chaparrones de aguas. En cambio, la embarcación serpentea como por una pista celestial, enmarcada por enormes mangles rojos que hunden sus zancos en el pantano y se levantan a más de treinta metros. La tibieza del viaje permite a la imaginación perderse entre los arcos de las raíces del manglar, mientras las lianas colgantes golpeaban el rostro al menor descuido.

No pasa mucho tiempo antes de salir de nuevo a la bahía de Tumaco. Las casas de los barrios periféricos, hechas de madera y montadas en palafitos, surgen del fango negro de las orillas. Pasamos bajo el puente que une las dos primeras islas sobre las que está montada la ciudad y avanzamos por las aguas sucias pero tranquilas hasta llegar a lo que allí llaman el muelle turístico, que no es más que unas resbaladizas escaleras de abordaje que asemejan un atrio en ruinas. Descendemos, mientras Góngora se despide con una amplia sonrisa rumbo quien sabe a cuál de sus descansos, que también tiene varios. Nosotros nos vamos al hotel, uno de tantos que se han construido últimamente para alojar a los pilotos norteamericanos que fumigan plantaciones diariamente. ☹

Agradecimientos a Juan Restrepo, investigador de los deltas de la costa Pacífica colombiana, por llevarme de cronista en su expedición”.



# La última hada

Orlando Arroyave A.

*“Por la infancia de Hélène se estremecieron los pájaros y las sombras —y el pecho de los pobres, y las leyendas del cielo.*

*Sus ojos y su danza, superiores incluso a los brillos preciosos, a los influjos fríos, al placer del decorado y de la hora, únicos”*

Arthur Rimbaud, *Fairy*

Es extraño encontrar a una hada madrina —otros dicen que es Blanca Nieves vestida de novia blanca— en la ciudad de Medellín. Hadas ha habido en Medellín, claro está, como la Marquesa de Yolombó o la Macuá. De la primera hay noticias en la página inicial de la novela *Fuego secreto* de Fernando Vallejo: “¡Mierda!, dijo la Marquesa, poniendo las tetas sobre la mesa. ‘Con quién peleo, si sólo maricas veo’...”. La Marquesa murió desangrada, en una playa de San Andrés, con las venas cortadas por desamor (otros dicen que murió asesinada por su amante junto al mar).

La segunda, la Macuá, está en la memoria de los habituales de ese antro con pretensiones de bar que era La Arteria. En las noches de farra, que eran casi todas, esta hada solía contar los pormenores eróticos de la noche en que fue la primera Dama de la Nación. La Macuá murió en un accidente de tránsito; su carro cayó a un abismo luego de salir de una fiesta en que se le coronó como la reina de la rumba.

Danny es la última hada que le queda a esta ciudad sin hadas. Vende cigarrillos y dulces por la Avenida Oriental, vestida de hada madrina, Blanca Nieves o novia. Sus largos trajes se arrastran por estas calles sucias de polvo, barro o sangre. Al pasar, deja su estela de actriz de atrio de iglesia, sin importar el humo envenenado que expelen los buses por la Avenida Oriental.

Ella también sueña con ser una actriz de televisión. Ser la protagonista de una telenovela, en la que pueda cantar, ser vejada y,

luego de un aciago y cantado destino, redimida, por la conmiseración mercenaria de un libretista, con un príncipe.

Cada domingo, con frío o calor, poco importa, el sucio atrio gris de la Catedral Metropolitana se convierte en un palco para contemplar el show de Danny. La cigarrera y vendedora de dulces se convierte en actriz, libretista y cantante.

Antes de la siete y treinta, llega Danny en una bicicleta arrastrando una carreta en la que trae un baúl y la utilería necesaria para el show de la noche. En silencio distribuye sobre el suelo, entre las escalinatas de la catedral y la pequeña fuente de agua del parque, objetos de su número de hoy: varios muñecos sin manos, piernas o cabezas; un maniquí de casi uno noventa con rostro a lo Kent —el esposo, amante o novio de la Barbie— y con un cuerpo de trapo “desgonzado”; una guitarra casi inservible; vestidos de varios colores y remiendos; tapas de ollas, una bocina, una pandereta, una bañera de bebé que, según las circunstancias, será automóvil —colectivo, Mercedes Benz, un convertible—, lavadora, etc.

Los pocos o muchos feligreses —su número depende de la temporada de atentados o festividades de la ciudad o el país— que salen de “la primera catedral del mundo más grande construida en ladrillo”, pasan de largo, sin detenerse a esperar el show estelar que se avecina a las puertas de su templo de arquitectura románica.

Las puertas de la catedral se cierran para que la actriz más importante del Parque de Bolívar haga su número. Suena la

campanada de las siete y treinta. Danny se santigua como un totero antes de su faena o un equilibrista en su número más escalofriante. Ojalá, la Virgen no lo quiera, no venga la policía con sus secuaces para impedir que la actriz demuestre sus mejores artes.

Antes del gran espectáculo, Danny va de un lado a otro, mientras en las escalinatas de la Metropolitana se oyen los murmullos de los asistentes ya debidamente sentados o los “disculpe” de los espectadores que se acomodan (los que siempre llegan tarde a todos los espectáculos). Los transeúntes o algunos piadosos rezagados se transforman en espectadores por el corrillo y el no tener que hacer algo aquella noche de soledades. Danny es la reina de aquel parque de profetas vociferantes y discutidores de las palabras de Nuestro Señor Jesucristo o la Revolución cubana, o vendedores de crispetas, bebidas frías y calientes, borrachos roncando la última ebriedad, putas, jíbaros, algún extraviado sobreviviente del domingo, marihuaneros, policías, pordioseros y transeúntes sin clasificar o en el ítem “otros”.

Cuando todo está dispuesto —un revoltijo de objetos que recuerda la venta de piezas de segunda en las grandes ciudades—, la actriz, con una bacínica en la mano, cobra la “entrada”. Entre broma y broma Danny solicita al público el pago por el espectáculo. En su recolecta deja frases como “dío 50 pesos con cara de 100 pesos”, o pregunta con ironía: “¿Tengo que devolverle de los 50 pesos?”. O dice, después de comprobar la moneda insignificante de uno de los espectadores: “Uno puede ser de todo, lesbiana, marica o policía, pero nunca tacaña...”.

Luego hace una presentación de los personajes (“el reparto”). “Los de siempre”—dice— “las gemelas”, el Nuevo, la mamá, Mónica, Mónico, el Todavía no ha nacido, los siameses “pegados por la cabeza”, Chita (el tigre Hobbes), el zoológico (un perro)... “y yo, Danny”.

Antes de iniciar el show anuncia sus patrocinadores, y pide aplausos para el mayor de todos: el Espíritu Santo. “Hola, cómo están, el Show de Danny, que hago yo, va a empezar. Obra de teatro, de Danny, más conocida, como la gamina, porque una tiene que tener personalidad”. Danny presenta su show. Los títulos ya son un programa. Antes de dar inicio a los “episodios de hoy”, recorre el estrecho escenario marchando con una “bandera gay”: una sábana de color azul y blanco, que luego le sirve de bandera patria, de toalla, cobija, abrigo, cortina o capa de heroína.

“Nuestro episodio de hoy...”, y da nombre a sus episodios con evocaciones de las telenovelas de los años 70 u 80: “Una mujer de la calle”, “Quién lo iba a creer, pero ella triunfó”, “Hoy no puedo celebrar el día del padre porque mi hija se volvió pentecostés” o “No era ella”...

■ **“Hola, cómo están, el Show de Danny, que hago yo, va a empezar. Obra de teatro, de Danny, más conocida, como la gamina, porque una tiene que tener personalidad”**

Hay momentos de tensión: Danny discute con uno de los espectadores. Por momentos, algunos tememos que se escenifique la típica viñeta colombiana: gritos, puños, un puñal o una bala, sangre, carreras... Recordamos, debe ser parte de la leyenda, que Danny fue encarcelada por prender fuego a una niña que la molestaba con sus burlas impidiéndole mostrar todas sus dotes de la mejor actriz de la calle... O que esa actriz recibió un balazo en la mejilla; querían robarle sus pobres bienes.

Nada sucede, o sucede, pero al filo: breves escaramuzas, un niño impertinente lanza un objeto, insulta a Danny, y ella lo persigue con un garrote, alrededor de la fuente del parque... El niño no logra correr lo suficiente y recibe un golpe en la espalda; un llanto, un regaño y un insulto de Danny, y el espectáculo sigue.

Otro momento de tensión: Danny, en uno de sus números, decide quemar a su enemiga (representada por una muñeca desmembrada, con cicatrices que recuerdan que ha estado en otros espectáculos) y le prende un zapato a uno de los asistentes; es el furor propio de la actriz entregada a su papel de diva. El hombre, con el zapato en llamas, corre hasta la fuente salvadora y sofoca el accidente con agua sucia.

Danny continúa. El show es la única vida de una actriz. Poco importan los zapatos o los niños en llamas; una actriz debe entregar su alma, que es cuerpo y solo cuerpo, a su público. Y para olvidar un poco ese incidente, que le puede suceder a la mejor actriz del momento, decide representar su versión teatral de la historia de la humanidad.

Un día las estrellas se cayeron por haber desobedecido a Dios, quien había puesto (y prohibido, los dioses siempre prohíben) junto al “palo malvado” un pan con mayonesa, y cominó a Adán y Eva a no comer ese “aperitivo”.

Y Dios hizo el viento (que es representado por un trapo, que se agita), luego la tormenta (agitación frenética del trapo), el agua (el trapo cae lentamente: “cómo tarda en caerse el agua”, exclama Danny), y después Dios hace la tierra que trae de otra parte, fabrica los huevos, las papas, las cabras y un animal rarísimo (quizás extinguido, o todavía vivo en la mente de Danny), el “dinoroceronte”, ah, y por último, Dios siempre tan impertinente, le mandó una arepita (pajasa) a la humanidad...

Entonces aparece un ángel sin cabeza (un muñeco rollizo, sucio y sin sexo) en medio de la historia de la humanidad. Hace una aparición ante Eva, y le dice que viene sin cabeza porque ella no soportaría verle la cara. Con cabeza o sin cabeza, el ángel cumplía con su deber, y les comunicaba a los inquilinos desalojar el Paraíso.

Como castigo a Adán y Eva, por comerse el fruto prohibido (“pan con mayonesa”), Dios los transformó en monos. Los primates inspiran una prolongada enumeración a la actriz. Y nació la guerra, nación contra nación, y luego apareció el mundo gay, el mundo de las lesbianas, las fábricas, los niños y las cocacolas... Hasta que llegan Adán y Eva a las lomas obreras del barrio Santo Domingo.

Luego de esta historia de la humanidad, da paso a una viñeta de familia (a decir de Genet, la “célula criminal de la sociedad”). Una madre, ex millonaria, que no tiene ahora nada que comer, discute el menú con sus tres hijos:

—Hoy no hay nada para comer, a pesar de que me casé con un millonario. Bueno, hoy vamos a cocinar la cabeza de este hijo mío —y mete la cabeza de un muñeco en una olla a presión—.

—¡Ay mami!, ¿vamos a comer la cabeza de mi hermanito?... yo no quiero comer... Me da asco —se lamenta una muñeca sin brazos, pero con la cabeza intacta, y que encarna los lamentos de la hermana mayor.

—Para que deje tanta repaderera a usted también le voy a cocinar la cabeza. Ahora cada uno se va a comer la cabeza del hermano...

—¿Y yo qué? — pregunta con reproche la hermana menor.

—Vos te hubieras salvado gonorra si te hubieras quedado callada, pero vas a ver —y echa la muñeca en la olla a presión; pero es demasiado grande para caber en el recipiente— Agradecé que no cabés en la olla...

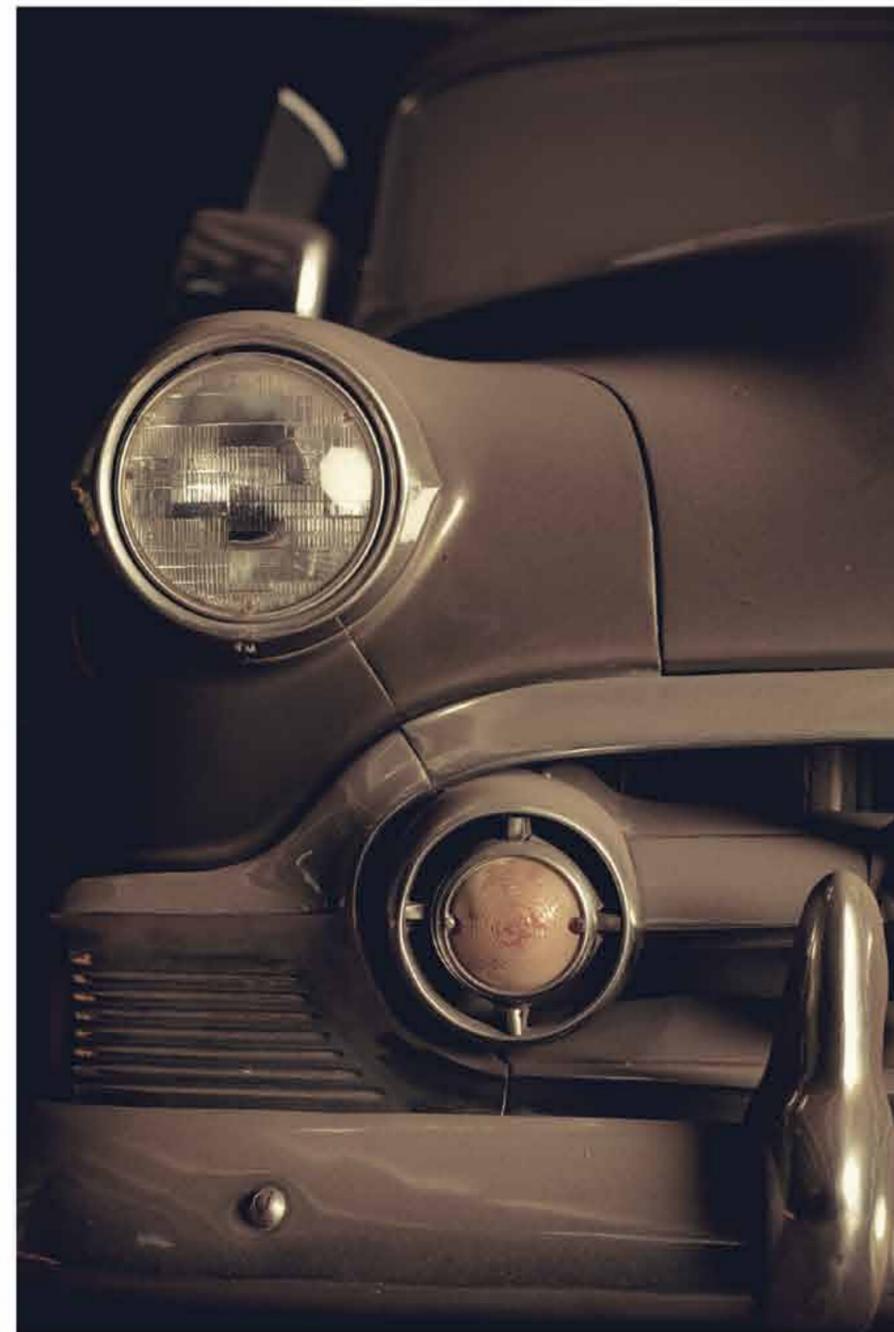
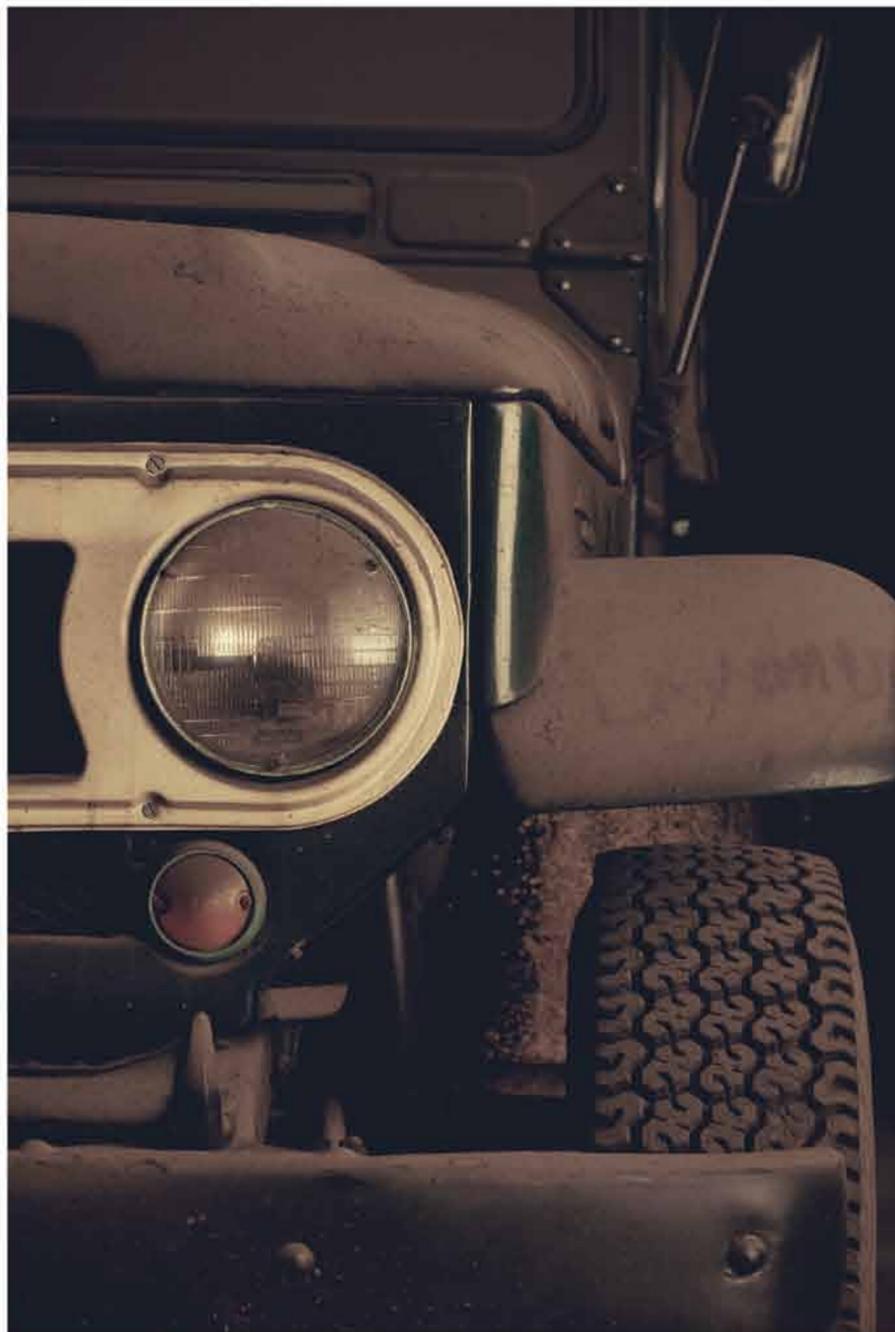
Luego vienen otros *sketches* y frases a lo Danny, que evocan el despedazar o la cultura popular de la televisión: a una muñeca sin brazos le dice: “Maricona, te he dicho que no vendas sin manos a comer”; a otro muñeco le dice: “Póngase la cabeza que ya nos vamos”; o le explica a una muñeca sin piernas, que la abuela no volvió a trabajar, porque le robaron la cabeza y se quedó ciega.

Para el cierre de la noche, hace de la Mujer Maravilla. Con pólvora encendida, para uso de los niños (“la chispita mariposa que es deliciosa, nutritiva y luminosa”) y amarrada al cinturón, da vueltas para convertirse en la heroína que es.

Después de las despedidas y los besos, Danny advierte que no vendrá el próximo domingo, pues está de gira; hará un show en una casa, la invitaron a amenizar una piñata de primera comunión.

Al final del estropicio escénico, Danny recoge sus muñecos, el cinturón plateado de la Mujer Maravilla, la bañera de niño, la bandera gay, ollas, tapas, sombreros, capas y aviones de plástico. Los mete en el baúl. Los últimos besos. Se monta en la bicicleta con su carreta cargando la utilería de la diva del Parque de Bolívar.

Deja su estela junto al atrio de la catedral: arena, tinta roja desparramada en el escenario, harina. Y un domingo más liviano para los que contemplaron la diva mayor del Parque de Bolívar. La única diva del centro de Medellín. La última hada. ☪



ABANDONO. SERIE FOTOGRAFICA.

**Alfonso Posada**  
Modelos para guardar

También sus dueños se preguntan si guardan joyas o escoria. Ocupan un puesto en el parqueadero, con suerte les asignan un número, y empiezan a tomar el mismo tono, una pátina común que vela sus historias y hace que los curiosos abran un ojo en sus ventanas turbias, con el dedo, para asomarse al interior de esa especie de arca. Mientras tanto la legión de lavacarros que vigila los parqueaderos mira con ansia esos tuestos de todos los días, una tentación para su estopa y sus cremas.

Después de 10 años de ver un Dodge Dart encallado en un parqueadero Alfonso Posada decidió a plantarle su cámara al frente. Registro de una escena inmóvil, una de las escasas quietudes que entregan los objetos humanos en las ciudades. Los carros siguieron apareciendo según la nostalgia de los dueños que se resisten o el grillete de los problemas legales. Van tres muestras de un disperso museo de arqueología parking. No están en venta.

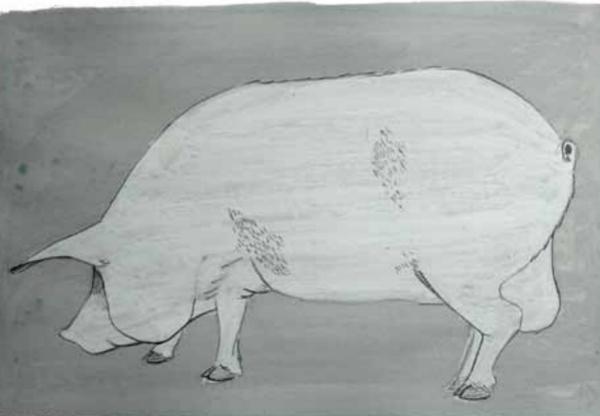
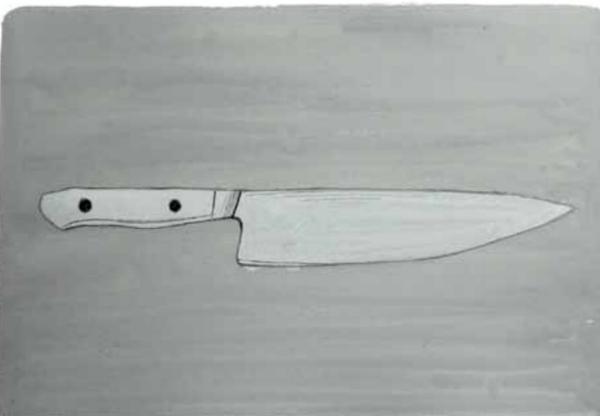
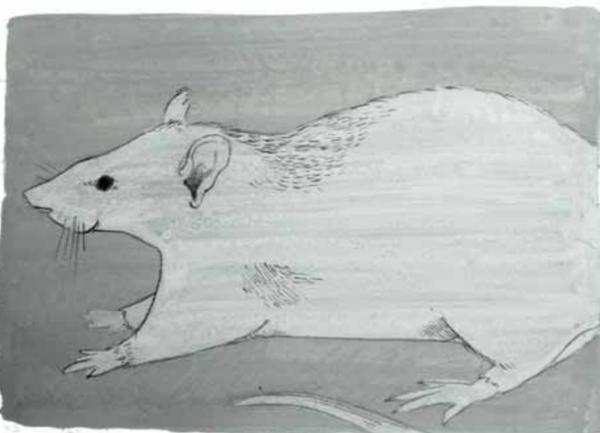
Arte central de **UC**  
con el apoyo de



**MUSEO DE ARTE MODERNO**  
MEDELLÍN - COLOMBIA

# Medellín

Luis Miguel Rivas Ilustraciones por José Sanín



verraco<sup>1</sup>.

(Del lat. *verres*).

1. m. Cerdo padre.

verraco<sup>2</sup>, ca

1. m. y f. coloq. *Cuba*. Persona desaseada.

2. m. y f. coloq. *Cuba*. Persona despreciable por su mala conducta.

3. m. y f. coloq. *Cuba*. Persona tonta, que puede ser engañada con facilidad.

(Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española)

Si usted pronuncia en voz alta la palabra “Medellín”, como si lo hiciera por primera vez, verá que es delgadita, filosa y tiene punta. Hágalo ya: “Me-de-llín”. Chuza, talla, corta. Yo la tengo metida en el centro de las costillas y nunca se me sale por más que me vaya para donde me vaya. Como un dedo punzando el punto donde uno llora. Como si hace mucho tiempo me hubiera tragado una navaja. En los últimos tiempos me la he pasado haciendo todos los esfuerzos para sacarla y limarle el filo.

Me gustaría que ese filo se amellara un poco, que fuera algo que encajara más con las ganas de vivir y reírse. Como veo que le encaja a mucha gente que vive allá. Ya sé que no es un problema de Medellín sino un problema mío. Puede ser que sea una nena, como me decían en la primaria cuando lloraba por todo. Aunque la palabra “Medellín” está hecha de vocales cerradas y suena femenina y frágil, lo que designa es una cosa fuerte, ruda, áspera, con botas que pisan duro. Para varones, para gente pujante, sólida, trabajadora, echada pa’ delante, indolente y optimista, que construye su futuro. Los débiles o se mueren o los matan o asumen una vida humillada o se van de allá.

A mí me llevaron a Medellín cuando tenía siete años, desde Pereira, arrancándome de la sobreprotección de la abuela, de un ambiente de mangas amplias y cañadas delgaditas donde jugábamos comitiva y hacíamos candeladas, para llevarme a ese lugar con un nombre que sonaba a ciudad, a gente más avanzada. Nunca me he podido reponer del todo de ese trasplante abrupto y todavía tengo la sutil sensación de ser una versión contemporánea y masculina de Heidi.

Crecí, entre niños verriondos, a los que les daba pena llorar cuando se caían, que temían a los mayores y que no se metían en las conversaciones de los adultos, que iban a misa y estrenaban en Semana Santa, que sabían desde chiquitos que lo más importante en la vida era ser un verraco. “Este muchacho sí es un verraco”, decía el papá cuando un niño se golpeaba y se hacía el que no le había dolido.

Y allá, en Envigado (vista de afuera, Medellín es el barrio principal de esa gran ciudad compuesta por Sabaneta, Caldas, Envigado, Bello, Copacabana, Girardota, La Estrella e Itagüí. O sea que Medellín además de ser la capital de Antioquia es la capital de Medellín), oí hablar con admiración del primer “verraco”: Mario Cacharrero. Era el año de 1976 y el nombre lo mencionó El Mellizo, hijo de un camionero de la esquina de mi casa, que con sus diez años se imponía pisando duro, mantenía un palillo en la boca y decía que él era como Mario Cacharrero. De El Mellizo oí por primera vez la palabra “mafioso”. Decía que él era un “mafioso”, como uno decía que era Supermán o el arquero de la selección Colombia. Y yo me imaginaba una especie de mago, pero con ruana en vez de capa, carril en vez de maletín y con el poder de hacer aparecer y desaparecer cosas. Luego comprobé que era tal cual, pero de otro modo. Mario Cacharrero comerciaba con marihuana y ganaba cantidades incommensurables de plata que le permitían hacer magia. Todo el mundo lo quería y lo respetaba. Quién en el mundo no quiere a los magos. Y quién en Medellín no quiere al que tenga plata.

Años más tarde conocí al otro gran verraco: Pablo Escobar. Pasaba por la casa en medio de una caravana de carros, siempre con un mundo de amigos más grandes que él, que se notaba que lo querían mucho porque no lo desdiciaban un solo instante. A veces alguien decía: “Pablo Escobar está en la esquina de La Escuadra repartiendo plata” y el partido de fútbol se acababa y quedaba uno solo con el balón en mitad de la calle. Pablo fue al barrio a entregarnos una cancha de baloncesto sobre rodachines y tengo la imagen de él como un hombre muy amable dándole la mano al presidente de la acción comunal y diciéndonos: “Muchachos háganle pa’delante que ustedes son el futuro del país”. Él era el presente de ese momento. A los amigos con los que yo jugaba en esa cancha, el futuro no les duró mucho.

A Pablo lo adoraban en todo Medellín: los alcaldes, los gobernadores, los políticos, los empresarios, los curas, toda la gente honesta y trabajadora y emprendedora. El *sottovoce* siempre ha dicho que un alcalde de Envigado, por ejemplo, era súper amigo de él y juntos formaron un organismo de seguridad para proteger a los habitantes del municipio. A los ciudadanos que ellos consideraban que le hacían mal a los otros ciudadanos los mandaban matar y los tiraban en Las Palmas o en las cañadas. Se llamaba Seguridad y Control y en esa época no atracaba a nadie en Envigado y casi ni bazuqueros había, a excepción de los hijos de las familias de los ciudadanos que mataban a los otros. Me acordé mucho de esa época hace año y medio cuando entré a la Alcaldía de Envigado y vi el cuadro de ese alcalde expuesto entre los próceres del municipio. No me pareció muy equitativo que los créditos de toda esa prosperidad y seguridad que consiguió Envigado en los últimos años se los llevara sólo el alcalde, teniendo en cuenta que Pablo aportó tanto.

De ahí para adelante y para atrás ha habido muchos verracos en Medellín. Y siempre habrá uno. Todos los hemos conocido. Son vecinos y familiares nuestros. Es una cosa del modo de ser de la ciudad. Como la obsesión por el trabajo, como la santidad de la cucha, como el desprecio a los débiles, como el aseo por encima de todo... y como esa rabia ciega y honda que siempre se ha confundido con un carácter fuerte. De hecho, para uno ser verraco tiene que tener mucha rabia. La rabia es el poder. Yo no sé de dónde surgió la primera rabia. Esa que fue creciendo geométricamente, diseminándose por la geografía, extendiéndose en el tiempo, filtrándose en la tierra, ramificándose en los árboles genealógicos, permeando los pliegues del cerebro y del alma de todas las personas, incluso de la gente que no

tendría razones para tenerla y que ni siquiera sabe que la tiene.

La otra vez tomé un taxi en una estación del metro y el conductor estaba todo asustado porque venía de llevar al hospital a un compañero al que lo había mordido una rata. La rata había salido de la alcantarilla y, cuando cinco taxistas la persiguieron para matarla, no huyó como es costumbre sino que se les enfrentó mirándolos a través de unos ojos ensangrentados de odio que los hombres no se esperaban ni habían visto nunca. Saltó sobre el amigo del taxista, le hirió la cara y siguió retando a los demás, que escaparon aterrorizados pensando que habían visto al diablo en persona. La rata volvió a la alcantarilla lanzando chillidos. Mientras el taxista me contaba esa historia yo pensaba en toda la rabia que hay apesada en las alcantarillas. En la gente de Medellín y de su capital. En las alcantarillas de la mente. Y recordaba esa rabia escondida, tapada, contenida, que hierve en las cloacas y que tantas veces he percibido en la cara del que pide limosna, en el gesto del que la da, en la mirada de los muchachos de la esquina, en el rictus de los jubilados, en la voz de los taxistas, en los chismes de las viejitas, en el tono de los que hablan de política, en los chistes de los oficinistas, en las amonestaciones de las madres, en el silencio de los indígenas, en la genuflexión de la muchachas del servicio, en la mirada del subalterno, en el gesto del jefe, en el consejo del cura, en las palabras del periodista, en la voz del que protesta, en la firmeza del que calla y en los gestos más amables de la gente más buena... en las calles, en las oficinas, en el metro, en las fábricas, en las casas, en los rostros de los ricos, de los pobres, de la clase media. Pero también la he visto en el espejo, en la cara del que creció viendo todas esas rabias.

No hace mucho caminaba por una calle de Buenos Aires, Argentina, y en una esquina crucé mirando el semáforo peatonal en verde. Sentí el rugido de un bus a mis espaldas pero seguí impertérrito sabiendo que las señales de tránsito me daban la razón. Al llegar al otro lado escuché un pito fuerte e insistente. Giré y vi que el chofer había detenido el bus en media vía y sacaba la cabeza por la ventanilla para mirarme fijo mientras hacia esa típica señal argentina que consiste en juntar todos los dedos de la mano tocándose las yemas, apuntando hacia cielo y moviendo el conjunto abajo y arriba para expresar un mensaje claro: “boludo”, “huevón”. La persona que era yo y que había amanecido sonriente y plácida fue eliminada por ese gesto y abruptamente salió de mi alcantarilla un tipo que estaba viviendo en mí sin haberme avisado. Más que una persona era un punto chiquito, ciego e incandescente en el que se comprimía toda la rabia del mundo, pero a la colombiana, ligada a la idea de matar. El tipo que había en mí giró mi cuerpo y caminé como una bestia hacia el bus gesticulando y gritando: “¡Entonces qué gonorra! ¿te vas a hacer matar o qué?” y mandándose las manos a la pretina de un pantalón en el que sólo reposaban unas cuantas monedas. Ese tipo de verdad quería matar al chofer, así el otro no fuera capaz de hacerlo. El bus arrancó despacio, el tráfico volvió a su cauce y el tipo de adentro mío desapareció abruptamente como había llegado, dejándome solo, sin energías y con espasmódicos rezagos de ira y vergüenza. Respiré hondo, traté de pensar un poco y en ese momento me di cuenta de que ser colombiano no es una nacionalidad sino una enfermedad mental. Y que ser antioqueño es estar enfermo y convencido de la sanidad de uno y de la enfermedad de los otros. Seguí caminando con ganas de llorar y de matar, sin querer hacer ninguna de las dos cosas y dándome cuenta que váyase para donde se vaya uno no puede dejar de ser de donde es.

A veces me preguntan: “¿A qué te viniste acá?”, y yo sólo sé contestar: “A no estar allá”. Una nena, un cobarde. Un tipo que se persigue delante de él. A veces pienso que no quisiera volver, que quisiera quedarme en otro lugar donde me aleje de mí. Y luego regresar. Volver cuando Medellín sea distinta, cuando haya cambiado, porque no tengo tanto arraigo ni tanto valor como para morir allí tratando de convertirla en lo que sueño. Pero una ciudad y un país también deberían permitir que las nenas y los débiles vivan en su territorio y busquen la felicidad a su manera. Me gustaría mucho que Medellín quedara en los otros lugares a donde me voy huyendo. Pero que no fuera ella, que no fuera su guardiente para pelear, ni sus caballos para ostentar, ni sus mujeres para mostrar, ni su prepotencia, ni su pujanza ni su verriquera. Que me dejara de chuzar tanto por dentro para poder quererla con toda esta rabia que le tengo. ☪

## Antimateria

### El caso TIPICO

En el mural periódico *Ayahuasca*, en el bloque 9 de la Universidad de Antioquia, un dibujo salido de madre expresa lo que está en la cabeza de la comunidad estudiantil después de la implementación de la TIP: el lienzo de ladrillo se llena con un grueso policia antidisturbios cuyos ojos son un par de calaveras. A sus pies campea un lema de apaleada creatividad: “Ellos tienen las armas, nosotros el saber”. Algo más que paranoia inspira el grotesco monigote: en las afueras del campus —con fidelidad de enamorado que hoy atisba desde Barranquilla y mañana desde El Ferrocarril—, hace su ronda un carro antimotines. Es verdad que, por la profundidad de su reposo, casi se confunde con un carrito crispetero, y que poco falta para que un “compañero” acabe de arraigar al Alma Máter estampándole una “pinta” —algo como “¡Apoyar la guerra en Nepal!”—; sin embargo, a diferencia de lo que se pensaba hasta septiembre del año pasado, ahora se sabe que semejante burro de Troya puede colarse a los predios universitarios el día menos pensado.

Mientras tanto, las demás “anomalías” tienen sin cuidado a los estudiantes. Las ventas informales toman un segundo aire y reconquistan el espacio perdido durante las redadas administrativas del año pasado: ya se ven cobijas haciendo las veces de mostrador, así como surtidos selectos de viejas joyas bibliográficas discontinuadas. Hacia la trastienda, los penachos de humo de la *Cannabis sativa* y las demás especias malditas se levantan que es un primor. De robos y otros delitos se habla poco, aunque hay quien dice que el año pasado, la mismísima semana en que se reabrió la universidad, hubo atracos a medio día, en pasillos repletos y con uso de pasamontañas naranjados de tonalidad “Defensa Civil”; una especie de “Aquí estamos y aquí nos quedamos”, como dicen que en su momento dijo Ernesto Samper.

Las directivas saben bien lo que se está cociendo, y han actuado u opinado con tanta blandura como radicalidad. A veces apelan a la sublime noción del “libre desarrollo de la personalidad” y con dulzura exhortan a los implicados a apagar el bareto, cerrar el chuzo o poner pies en polvorosa; o se llama a la comunidad rebelde a carnetizarse, con un jolgorio civil de día electoral. Por otro lado, se ejerce en las puertas un control de acceso que ya envidiaría el reino de los cielos: escolares y conferencistas no entran si no se acreditan debidamente. Hace poco, el rector dijo a la prensa que si es preciso acabar con los cursos de extensión —puerta de entrada de personal no matriculado—, ilos acaba!

En suma: tiros y troyanos se encuentran en la sensación de que los enemigos más temibles están afuera. ☪



el rincón refrito de truchafrita

# El cine se cantaba en Medellín

Byron White

El historiador y arquitecto Rafael Ortiz nos lleva a recorrer un buen pedazo de la carrera Bolívar de ayer

**1.** La Calle de los Tambores era, entre 1914 y 1950, la que hoy es la carrera Bolívar, solo que terminaba en la calle San Juan pues de allí no la dejaba pasar la Estación del Ferrocarril de Amagá. Antes de existir la Estación aquello era un potrero inmenso —limitado por el Camellón de Guayaquil, la calle de Los Huesos, Palacé y San Juan—, y servía para guardar los caballos de quienes venían a la Plaza de Mercado Amador y los animales que traían para vender; por esa época Medellín era pequeña y Cisneros un aristocrático barrio donde vivían las mejores familias de la ciudad. En 1950 el Ferrocarril de Antioquia compró las pertenencias del Ferrocarril de Amagá a fin de completar la carrilera, que llegó hasta Buenaventura pasando por Cali. Desaparecidos los Ferrocarriles Nacionales (dueños del de Antioquia), el Municipio de Medellín compró los terrenos para extender Bolívar hasta Los Huesos y más allá.

Entre 1945 y 1950, es decir en la posguerra, las islas del Caribe quedaron saturadas de canecas vacías que contuvieron gasolina, petróleo y otros combustibles para barcos y submarinos norteamericanos. Los muchachos de estas islas tuvieron entonces la idea genial de recortarlos y convertirlas en instrumentos musicales, y una vez diestros en sacar sonidos del metal, y acompañados de tambores, emprendieron giras continentales; hasta Medellín vinieron a parar, presentándose con éxito en el Hotel Nutibara y en los clubes Unión y Campestre.

Los muchachos pobres se entusiasmaron con las canecas y ni cortos ni perezosos hicieron las propias, alcanzando también sonidos espectaculares e interpretando de puro oído toda clase de música de la época, desde tangos hasta boleros. Ofrecieron sus servicios en los mismos lugares donde triunfaron las generosamente pagadas orquestas caribeñas, y fueron rechazados.

Por esos días se abrió la prolongación de Bolívar hacia el sur, con una rotunda equivocación: los planos suministrados por el Municipio hicieron que la rasante de la calle quedara setenta u ochenta centímetros por debajo del nivel de las aceras. Cuando la interventoría suspendió la obra, la calle quedó solo con la primera capa de asfalto flojo; para colmo ya se habían adecuado muchos locales para el comercio y la falta de tránsito los hizo imposibles de arrendar o vender. Como en Colombia todo se demora eternidades —sobre todo los pleitos—, resolvieron mientras tanto poner, en los locales, cafesuchos para prostitutas disfrazados de sancocherías.

Las bandas criollas, rechazadas por las élites, se fueron a tocar allí, por Bolívar entre San Juan y Los Huesos, en la que se conoció como la Calle de los Tambores.

**2.** El Café Atlántico debiera tener este subtítulo: ¡Quebrado sin hacer ningún esfuerzo! Ubicado en un punto extraordinariamente importante por el tránsito de personas y vehículos, le fue muy bien en un principio, con un administrador que venía del Café

Árabe de Toto Arango, al frente de la Plaza de Cisneros. Pero de un momento a otro se volvió el parche de la colonia chochoana en Medellín, que desde temprano aseguraba la mayoría de las mesas tomándose cada uno cuando mucho dos tintos o alguna gaseosa en todo el día, mientras guardaba las pertenencias de su damisela amiga dedicada a buscar amigos. El dueño del café no pudo encontrar solución al problema de colonización y lo vendió barato. El que lo compró tampoco pudo, tuvo que cerrarlo. La colonia se trasladó al Parque de Berrío; hoy toma tinto y otras cosas en el Parque de San Antonio.

**3.** El Teatro Granada se empieza a construir en 1928 y con un aforo de 4.500 personas fue el primer edificio hecho para ser cinematógrafo en Medellín. En esa época sólo estaban habilitados para presentar cine dos teatros (el Granada y el Junín) y el Circo España, que proyectaron películas mudas hasta cuando llegó el cine parlante y los teatros de barrio.

Quitándole un determinado número de asientos cerca al telón, el Teatro Granada sirvió para peleas de boxeo. Por allí pasó el célebre peso pesado español Paulino Uzcudum y cuentan que el famoso púgil argentino Luis Ángel Firpo, de regreso de los Estados Unidos donde le robaron la pelea con Jack Dempsey, hizo parte de un tragicómico espectáculo. Sucedió que los organizadores de la exhibición ofrecieron un premio de 20 pesos a quien le aguantara un round a Firpo, y a un retador que se le midió a la paliza le pagaron por adelantado. El pobre tipo aprovechó la platica extra y se mandó un sancocho recargado; todavía estaba haciendo la digestión cuando recibió un golpe de Firpo que le reventó el estómago y le provocó la muerte.

En el Granada también hizo show la famosa escriptisera Kira, hasta que un afebrado trató de violentarla en pleno escenario.

**4.** El Teatro Medellín se construyó al frente del Granada mucho tiempo después de su existencia. Presentaba únicamente películas mexicanas, generosas en canciones, en especial corridos que la gente coreaba tan a grito pelado que sus voces se oían nitidamente en la calle y en el café de abajo.

**5.** Enseguida del Teatro Medellín había un café que las meseras de los demás cafés chequeaban. Iluminado con focos verdes, en su momento fue el único café gay de Medellín.

Contiguo quedaba el Edificio Medellín, propiedad de don Alejandro Ángel, que allí ocupaba algunos pisos y alquilaba otros para comercio. Cuando se fundó la Universidad Pontificia Bolivariana los estudiantes de la Universidad de Antioquia consiguieron que don Alejandro les facilitara dos oficinas. En ellas empezó su vida la Escuela de Derecho de la Universidad Pontificia Bolivariana que después se estableció en la calle Caracas con Palacé, donde había estado el primer seminario.

Al lado del Teatro Granada, hacia el norte, construyeron una serie de quintas que rápidamente desaparecieron con la comercialización e industrialización del sector.

**6.** En la quebrada al frente de la Avenida Amador se estableció el laboratorio Confortativo Salomón, que tenía fama en la ciudad como poderoso reconstituyente y energizante; los campesinos vendían a canastadas los huevos para hacerse a su frasco del confortativo. Dicen que al crear la empresa, los dueños confundieron a Sansón con Salomón.

**7.** En la casa que seguía funcionó el Taller de los Carvajal. Muerto ya el viejo don Álvaro, los hermanos Carvajal trabajaban allí. Estudiaron modelaje en cera y barro muchos artistas nuestros, al mismo tiempo que ganaban plata: Eladio Vélez, Pedro Nel Gómez, Gilberto Uribe y otros.

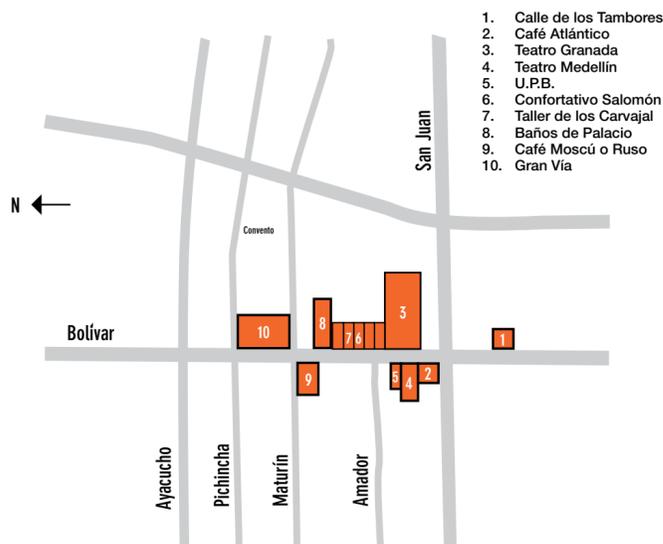
La gran fuente de ingresos que tenía este taller eran los santos y las imágenes para los templos del Departamento. Los bustos de Bolívar y Santander también se vendían, pero la gran estrella en ventas era el Cristo de Limpías (España), devoción de todas las señoras de clase media y alta que querían tenerlo en casa.

**8.** Los Baños de Palacio quedaban sobre el costado oriental a unos 35 o 40 metros de Maturín, y los constituían una gran piscina y baños individuales. La piscina hacía las veces de sede del equipo de natación de Antioquia que dirigía Vicente Lagoyete; los dos o tres baños independientes eran muy disputados por las parejas.

**9.** En la esquina quedaba el Café Moscú o Ruso. Los dos nombres eran utilizados por los estudiantes de izquierda según fuera a ser la consabida trifulca en el café, pues al bar acudían miembros de distintas corrientes de izquierda y algunos miembros de organizaciones católicas. Después de unos tragos se dejaba venir la confrontación de ideas socialistas-comunistas con las católicas ortodoxas y terminaba todo en voleo de taburetes y sillas, hasta que la policía los conducía a la inspección municipal. Que lo llamaran Ruso o lo llamaran Moscú era la señal de la clase de debate que se iba a dar.

**10.** Entre Maturín y Pichincha se ensanchaba la calle. Inusitadamente ocupaba un espacio de 25 o 30 metros, sumado a un espacio que habían dejado cuando las Carmelitas de Clausura construyeron su convento. Al frente todas las construcciones eran de dos pisos, cada una con su almacén comercial, carpintería o ebanistería y a continuación la escalera para subir al segundo, de la mano de las prostitutas que en esas escaleras esperaban su clientela.

Ya llegando a Pichincha, en la última casa, estuvo una fábrica de ensamblaje de radios traídos del Japón, que quebró cuando llegaron los radios ya armados. ☘



1. Calle de los Tambores
2. Café Atlántico
3. Teatro Granada
4. Teatro Medellín
5. U.P.B.
6. Confortativo Salomón
7. Taller de los Carvajal
8. Baños de Palacio
9. Café Moscú o Ruso
10. Gran Vía

Nadie puede decir que en nuestros pueblos petroleros no hay revoluciones. Orito, Putumayo, fue testigo hace unos meses de un cambio en el eje de sus correrías. Un indio fue plantado en la mitad de su más emblemático Round Point. La sociedad civil y la sociedad civilizada se pronunciaron.

## ¡AL ROMBOI!

Edna Liliana Guerrero Caicedo. Fotografía por Eyver Martínez

En el centro de los pueblos también suceden cosas, no tan a menudo como en la ciudad, pero cuando pasan, rompen con la cotidianidad exasperante y se desbordan como espuma. Lo que voy a contar pasó en el sur del país, en Orito, Putumayo. No fue tan espectacular como el día en que todo el pueblo se enloqueció cuando se desmoronaron las pirámides de dinero. Esto fue algo más pequeño.

Un día como cualquiera a Sandro Meneses Potosí, un oritense de escasos 26 años, se le ocurrió escribir un libro, *Misterio en las selvas del Putumayo* fue el título escogido y desde ahí se regó en tintas. No contento con eso, pensó que también sería bueno hacer una película, *Chamán, el último guerrero*, y se aventuró en esa empresa. Estudió en Bogotá, creó el proyecto, buscó patrocinio y lo de la película se fue haciendo realidad. Tanto que el director, como le dicen a Sandro, decidió, antes de empezar las grabaciones, entregarle al pueblo un monumento del chamán, hecho en cemento y de unos tres metros de altura.

A comienzos de este año, por aquellos días de enero, se planeó la entrega, con bombos y platillos, o mejor dicho, con indios, chicha y bailes folclóricos. Una semana antes de ese viernes 14 de enero, se escuchó, tanto en la radio como en una moto parlante, la invitación para que la gente recibiera al Chamán en la entrada del pueblo y lo acompañara en una marcha hasta la parroquia.

Orito está atravesado por una calle larga que se extiende desde el parque hasta el hospital. El centro del pueblo es una parte de ese trayecto donde se ubican, a lo largo, la iglesia, la alcaldía y una glorieta. A eso de las once de la mañana el sol quemaba como de costumbre y había unos cien indios reunidos, listos para empezar su caminata hasta la iglesia. El Chamán estaba trepado en una grúa.

¿Pero por qué peregrinar hasta la parroquia y no hasta la glorieta? En la emisora se anunció que ese viernes, el mismo director de la película explicaría el por qué dejar al indio frente al territorio sacrosanto y no en la glorieta del centro, donde era más visible. Sin embargo, las razones ya eran sabidas por la mayoría de los oritenses y se iban rumorando de boca en boca. “El Negro Alirio no dejó porque los indios lo que quieren es hacer política”, decían.



Alirio Martínez Vega era profesor de educación física, antes de ser alcalde de Orito desde 2004 hasta 2007. En ese año renunció para que su esposa, Argenis Velásquez fuera candidata en las elecciones de 2008. Ella ganó y así el Negro Alirio siguió mandando. En 2010 la pareja se separó porque la alcaldesa se enamoró de un escolta y el ex alcalde de una abogada. Aún así, él siguió mandando. Ahora tenía asesora jurídica.

En el atrio de la iglesia había una carpa donde estaba el padre del pueblo, unos cantantes de música andina, el locutor de la emisora y otras gentes. Cuando llegó la grúa con su alboroto, los indios se concentraron alrededor de la carpa y las indias buscaron la sombra para repartir la chicha.

Tomaron la palabra y en sus lenguas agradecieron la entrega de ese Chamán dorado, de mirada severa, que levantaba al cielo los brazos con una guacamaya y una lanza. Antes de bajarlo de la grúa, el padre se dirigió a la comunidad religiosa y les explicó que si bien el indio se instalaría al frente de la iglesia, solo sería mientras se lograba un acuerdo con la Alcaldía.

El director de la película contó que un alcalde de otro pueblo le dijo que él le recibía el indio con todos los honores, pero él no quiso. Su deber era dejarlo frente a la parroquia, porque por más firmas que reunió, el Negro convenció al Concejo para negarle un espacio al monumento.

“El pueblo es superior a sus dirigentes”, empezaron a gritar. “Todos al romboi”. Muchicón, un líder indígena de unos cuarenta años, entró en la carpa, cogió el micrófono y dijo: “No sé si ustedes han visto en televisión, o los que han viajado a las grandes ciudades, que los monumentos están es en los rombois”. “Al romboi, al romboi”, gritaron apasionadamente. Y entonces el indio sudoroso remató: “Si no es en el romboi, yo me lo llevo al rancho”. Estaba claro cuál es el verdadero territorio sagrado de los pueblos, el ombligo inevitable donde los motociclistas peregrinan día a día.

Los hombres levantaban sus brazos y gritaban “al romboi, todos al romboi”. Hasta que apareció ante todos, Aracely Benavides, la Secretaria de Educación para explicar las razones. Ella dijo que no era capricho de la administración, que el pueblo debe entender que la idea es tener un monumento que represente la cultura del pueblo y “la cultura es un negro, un indio y un petrole-

ro. Ya hay una maqueta y el monumento se va hacer”. “¿Si ya está el indio por qué no le aumentan el negro y el petroleo?”, preguntó Sandro sin encontrar respuesta.

Entonces Giovanni Durlandi Acosta, peluquero y concejal de armas tomar, tomó el micrófono y con su voz ronca, pero algo amenerada, dijo que lo de la maqueta era una farsa. “Lo único que hay es una hoja arrugada de papel con un dibujo y nada más”. La emisión radial fue suspendida antes de que Durlandi dijera que “ya es hora de que el pueblo despierte, Orito no se debe dejar mangoniar por el Negro Alirio, que está haciendo y deshaciendo desde hace ocho años”.

“¡Al romboi, Al romboi!”. Ya casi nada los contenía. El padre los llamó a hacer lo debido y el locutor de la emisora intentó frenar la pasión que les hervía en la sangre. Una nueva intervención de la Secretaria buscó encontrar cordura, traía arrastrado de la mano al artesano que hizo la maqueta. Todos lo escucharon: “Yo personalmente la hice, se la mostré a don Alirio, pero él no mandó a hacer nada”, fue lo único que dijo.

Los trabajadores de la grúa esperaban impacientes, necesitaban bajar al indio donde fuera. Entonces la decisión estaba tomada. “¡Todos al romboi!”. Solo que temieron por la suerte del director y entonces hicieron un acta librándolo de toda responsabilidad. “Ya se los entregué a los indios, ellos verán lo que hacen con él”, dijo.

Entonces la grúa dio la vuelta y se fueron al romboi. Ahí lo pusieron como pudieron, el espacio era tan ancho que el indio no alcanzó a quedar en todo el centro de la glorieta. Eso no importó, ya estaba donde debía estar, erigido en el centro de esa selva humana.

Al final, el más satisfecho fue un don Rubén Arias, del coro de la iglesia. “Menos mal se lo llevaron esos salvajes porque si se hubiera quedado en este lugar sagrado nos iba a tocar arrodillarnos ante él”. ☘



# Estilario

**Raúl Trujillo**

Exclusivo para UC desde Buenos Aires

¿Qué freak! dirán tal vez los que lo admiran cuando lo ven, otros se quedarán criticando o hasta risas y rabias despertará al pasar. Juan, con su estilo bien peculiar, le apuesta a la personalización y hace de sí mismo un panfleto a la libre expresión. No es fácil andar de diferente; recuerdo lo que hace quince años un alcalde hizo por ley: obligó a los miembros de la pacífica comunidad de seguidores de Krishna de la ciudad a quitarse los hábitos naranja y coral que mundialmente los identifican, pobres, sus cabezas peladas dejaron de ser señal santa y de pronto parecían una versión de punk rock local vendiendo inciensos en el circular. Que cada quien se ponga lo que quiera y sabremos más del otro y nos comunicaremos otras riquezas, esa parece ser consigna ahora, pero esta libertad tendría su origen en la sensación de desconsuelo, escepticismo y apatía que atacó a los jóvenes al final del mundo feliz de posguerra, que solo 30 años duró para el modelo de consumo masas y tv. Apenas empezando los 70, de un tajo la fantasía se terminó: Vietnam le dio un puntapié a la generación del *peace and love* y la crisis del petróleo por primera vez afectó a todos los sectores, confirmando el monopolio del petróleo como fuente de energía. La fantasía se acabó. Semejante panorama sólo podía ser el origen del fenómeno del *grunge* o antimoda que tendrá ya tres reversiones que coinciden con momentos históricos como el que vivimos hoy, en el que las condiciones parecieran decir... ¡este modelo no va más!

Y si no va más, pues a proponer, y la década se recordará como una de las más poderosas fábricas de ideas y estéticas del siglo XX, que hoy sigue dando material para reciclar y explorar.

Recordemos las camisetas a cuadros usadas por Kurt Cobain de Nirvana casi veinte años más tarde, nuevo rock con origen suburbano, ya no de leñadores pero sí de jóvenes con camisetas vagabundas de días y estampas panfletarias, con *pull-overs* y buzos tejidos que le acentuaron a su estilo eso casero, que también calaron como abrigo para la depresión. Esta sería ya la segunda vez, en un panorama igual de conflictivo que el anterior pero a principios de los 90 y motivado por las cruzadas petroleras de papá Bush en contra de Saddam Hussein en Irán y el frenazo en seco a la orgía del consumo que venía in crescendo desde Reagan con su estilo de vida *yuppie* y su política neoliberal. Aquí debemos hacer un paréntesis e incluir al creador del estilo americano contemporáneo, desde los 90 hasta hoy, Marc Jacobs muestra en sus pasadas esta estética llevada por una nueva joven bohemia burguesa urbana que arma su estilo con elementos de aquí, básicos, accesorios y algo de más allá. Con la misma elegancia con la que desde el 97 es director artístico de la casa de objetos de lujo Louis Vuitton puede asociar su estilo a líneas de hogar, calzado, perfumería, gafas y joyería, batiendo récord de venta en especial en el mercado nipón.

La tercera versión del *grunge* se hizo ya visible post sep 11 y Juan bien puede representar ser parte de este grupo de críticos y visionarios que ahora le agregan a la estética bastante de lo telúrico, lo étnico y ese espíritu casi ritual con el que se compone el *outfit* cargado todo de significados y referentes hasta unificarse en un solo modo, a la manera de un *grunge*... ¿tribal? Qué contradictorio que un estilo nacido de lo más urbano ahora nos recuerde aquellas maneras más humanas y cómodas de andar. Tanto como el canguro tecno llevado como jiquera o cargador ancestral.

Por fortuna y gracias a la madurez de años de experiencias recogidas, el color pone vitalismo, buen humor y distinción a aquello tan visto como unos tenis de lona. Los cuadros, posiblemente en lienzos de algodón con diseños obtenidos por el tejido —hilos de colores entretreídos en urdimbre y trama— ya no son camiseta y devienen pareo como en el sureste de Asia, mientras místicos y esotéricos parecen los tatuajes de trazos elementales que nos recuerdan a un Miró o a un Klee. El *t-shirt* político tiene ahora la carga irónica del *merchandising* pop y como joyas unos aretes grandes cual candongas y un brazalete al tobillo de chaquiras en diseños multicolores que ya son tradición latinoamericana en mercados y ferias callejeras de México a la Patagonia, y que entre nosotros referenciamos en las preciosas joyas tejidas por las comunidades emberá que viven en la frontera entre Colombia y Panamá. ☺

Juan Fernando Vélez es artista plástico

## Bar El Guanábano

Zumos, extractos y jugos elaborados con frutas y vegetales frescos

2x1

Reclame dos jugos por el precio de uno presentando este aviso (válido hasta las 6:00 pm)



Benditos sean los zumos  
carrera 43 no. 53-21 · teléfono 2163742  
Servicio a domicilio en la zona

al pie de **LA LETRA** librería

Calle 49A Nº 64C-42 Brasília 3  
Tel: 230 54 28

Calle 53 Nº 64 A 27 Carlos E. Restrepo  
Tel: 230 18 36

Servicio a domicilio sin costo adicional  
[www.alpiedelaletralibreria.com](http://www.alpiedelaletralibreria.com)

Plato tapa \$6.000  
Menu de mercado \$11.000  
6 cervezas \$13.000

presentando este volante recibe un plato de tapas

**COCINA de Mercado**

La Fiambreria es una novedosa propuesta sinérgica psicodélica de sabores, arte y cultura que te hará disfrutar de un mundo reinado en época de crisis. Ven y pláceme la cocina con platos creados con lo más fresco del mercado.

**LA FIAMBREIRA**  
CERVEZAS Y COCINA DE MERCADO

Parque del Poblado cr 43b #8-52 tel.311 59 27

Entrada libre

**GULGOLET. Elías Heim en el MAMM**  
Viernes 25 de marzo - Domingo 15 de mayo

Creada especialmente para esta exhibición, se presenta una gran calavera de neón con doble quijada batiente, que a su vez es un gran bar. Al ser observada desde arriba, presenta una imagen total que alude a la mezcla entre la violencia, la muerte y la catástrofe con la celebración y la banalización de la tragedia.

Museo de Arte Moderno de Medellín  
T: (574) 4442622 / Carrera 44 No. 19 A -100 Medellín - Colombia  
[www.elmamm.org](http://www.elmamm.org) <<http://www.elmamm.org/>>



[www.cohete.net](http://www.cohete.net)



ESTRENO TRUEQUE  
Obra Infantil



Versión Libre de  
"Las Aventuras de Pinocho"  
de Carlo Collodi

DOMINGOS 3, 10, 17 y 24 DE ABRIL. 11:00 a.m.  
\$7.000 grandes y chicos.

Carrera 40 # 50 b 32 (Centro) Informes: 217 26 05  
[eltrueque@teatroeltrueque.com](mailto:eltrueque@teatroeltrueque.com) - [www.teatroeltrueque.com](http://www.teatroeltrueque.com)

Casa Museo  
Pedro Nel Gómez

Conocimiento Arte Encuentro  
Esparcimiento Creatividad Diversión

Entrada libre todo el año

Casa Museo Pedro Nel Gómez, Carrera 51B # 65 - 24 - Barrio Aranjuez, Teléfono: (574) 2332633  
[museocondionelgomez@una.net.co](mailto:museocondionelgomez@una.net.co)  
Medellín - Colombia

TEMPORADA 2011  
Marzo 17 a 10 de Abril

SUENO de una NOCHE de VERANO

Jueves a Sabado 7:30pm  
Domingos 5:00 pm

Informes: 2392541 - [www.cajanegrateatro.com](http://www.cajanegrateatro.com)

CAJA SOLLEL

andrea  
katich  
kurk fisioterapeuta

Clinica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301  
tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 [andreakatich@une.net.co](mailto:andreakatich@une.net.co)

# ÓPERA EN EL CENTRO COMERCIAL

Miguel Rodrick Ilustración por Lina Orozco

Un sonido distante se agudiza y me arranca del sueño; segundos después corro en calzoncillos, el timbre del teléfono aparece y desaparece en un lugar diferente. Lo arrinconó y contesto, es Laura: Miguel, faltando 10 para las 12 en el Santa Fe.

Es sábado, 11:15 AM. Paso dos Dolex con un litro de agua mientras recuerdo la frase de Hannah More: "Ir a la ópera, como emborracharse, es un pecado que arrastra su propio castigo". 11:40 AM, camino a pasos largos por la avenida del poblado lamentando el hecho de no haberme alcanzado a bañar, mientras una idea fija suena recurrentemente en mi cabeza: "¿A quién se le ocurre ir a la ópera un sábado a las 12?", pregunta estúpida con respuesta obvia: a mí.

11:59 AM. Subo corriendo las escaleras del Centro Comercial en busca de las salas de cine; encuentro a Laura recostada junto a un cartel que muestra a Martin Lawrence disfrazado de abuela, como si no fuera evidente que es un hombre. Ella me entrega el programa de mano y me muestra las dos boletas que consiguió para entrar a una de las transmisiones en diferido del MET.

¿Ya entraron todos? - pregunto. Nadie, supongo que son todos esos que están ahí parados - respondo de ella.

"Todos esos" son un puñado de no más de 30 personas emperifolladas, que se saludan porque tal vez se conozcan, pues llevan a sus hijos a la misma academia de Golf.

No sabía que había que venir elegante, yo venía pa cine - le digo. Ellos vienen a la ópera - respondo de ella.

Y yo que ni me alcancé a bañar. Entonces me acordé del crítico que comentaba en un artículo: "Las compañías de ópera, gracias a las transmisiones de sus montajes están logrando encontrar nuevas audiencias en todo el mundo" ¿Nuevas audiencias? Aquí, los que van a la sala de cine a ver ópera son las mismas personas que van a verla en

El *bello canto* llegó a la pantalla grande para quedarse. Las grandes compañías de Nueva York y Londres, ante la falta de público en sus localidades, resolvieron transmitir en vivo y en directo sus funciones a través de silvestres salas de cine en ciudades como Medellín, de manera que ahora no hay que viajar mucho para dormirse en la ópera

vivo, la clase alta que tiene como costumbre asistir a este espectáculo, personas que creo, no disfrutan de la ópera en sí, sino de ser vistas por los otros asistentes al evento.

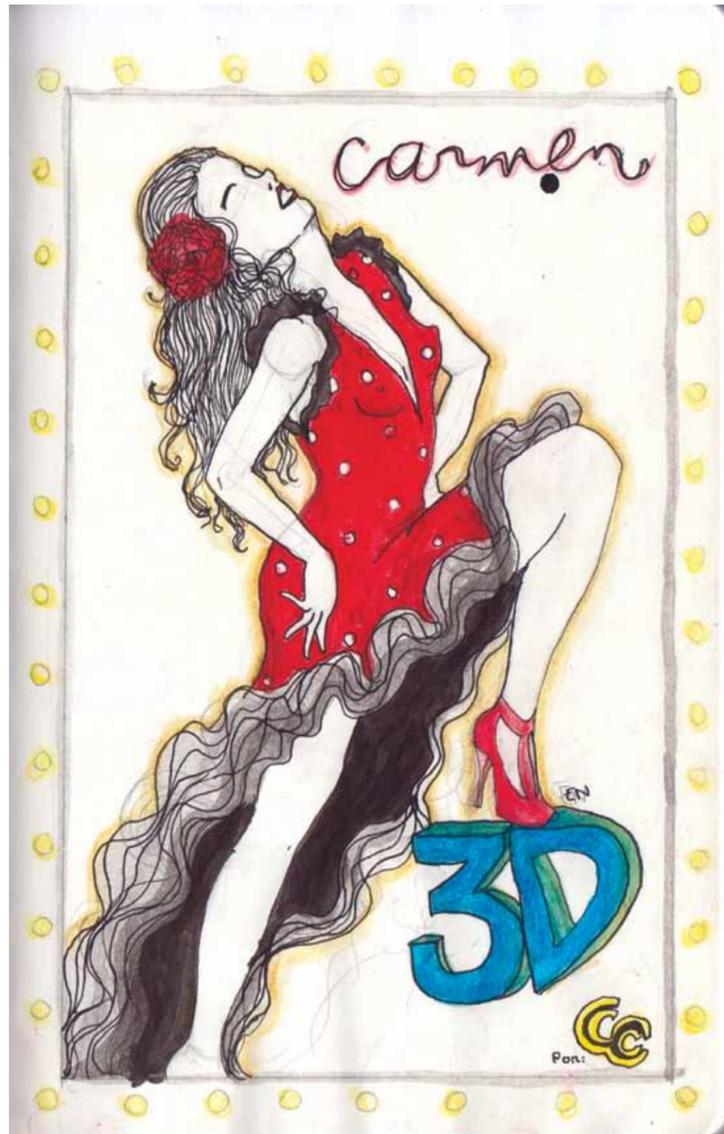
12:10. Al caminar por el corredor se escucha, al fondo, el afinar de una sala de orquesta. El acomodador de la sala nos espera. Éste no lleva puesto el uniforme y la gorra de Cine Colombia que exhiben siempre en las salas adjuntas; él está vestido de forma elegante, y lleva a cada espectador hasta la fila donde queda la silla, emulando el trato de una sala de concierto. La orquesta termina de ensayar las primeras notas de la obertura, miro el programa de mano, el intermedio es a la 1:40. El sonido es bueno, la imagen nítida, me voy a dejar llevar, pienso, lenta; tan lentamente que el tiempo terminará por estirarse hasta la hora señalada.

INTERMEDIO.

Entro al baño, me lavo la cara y salgo de nuevo al lobby para realizar un pequeño estiramiento. Caminando observo cómo algunos espectadores compran unas botellas pequeñas de champaña que luego toman en copas de plástico, mientras brindan y dialogan con los demás asistentes.

Vuelvo a la sala, 1:50. Miro el programa de mano, en busca de la hora de inicio del segundo acto, i a las...2:20 i Laura está dormida, leo las tres páginas del programa... es la 1:57. Leo con atención los nombres de los cantantes, lo que resulta solo un poco más entretenido que leer el directorio telefónico, no sé nada de la ópera y por lo tanto ningún nombre de los que aparece me resulta familiar. Hago chasquidos con la lengua para que Laura se despierte, ¿Ya comenzó? pregunta ella, todavía faltan veinte le respondo. Se duerme otra vez. Y en la pantalla aparece un detrás de cámara que muestra cómo se montó el espectáculo, con toda su complicada y costosa logística. Entonces pasan a pedir una donación dizque para que este arte no se extinga.

2: 20. Segundo acto. Trato de amañarme, pero acabo de descuibrlo: ¡El problema de la ópera es



que cantan demasiado! ¡No!, me voy a dejar llevar, me voy a dejar llevar... un sonido distante se agudiza... y me arranca del placer sueño. Abro los ojos y observo en la pantalla lo que debe ser el peor plano detalle que se haya filmado nunca en cine: una boca monstruosa que ocupa casi toda la pantalla, el paladar se expande mientras la lengua y la campana vibran. Las tres y veinte. Han pasado ya tres horas. Miro a los lados: ¿Será que a estas damas endomingadas vendrán a ver *Carmen* en 3D? (uno de los próximos montajes de la Royal Opera House) No creo, las gafas que se necesitan no combinan bien con un atuendo tan refinado.

4:10. se prende la luz general. El acomodador se dirige raudo hacia un anciano que trata de bajar las escaleras, le pregunta: "¿cómo le ha parecido?" El otro, en medio de este aprieto senil, no responde. Escucho a una dama que comentan a otra: En *Caracol* dijeron que la obra era lenta y tediosa,

pero a mí me ha gustado mucho. Pero unos pasos más adelante la misma señora le dice a otra: Qué cosa tan lenta y tan tediosa.

-El promedio de edad de la sala debe ser de 55 años. Le comento a Laura. -Yo creo que supera los 60. Respondo de ella.

Esto explica por qué la ópera se vio en la obligación de aliarse con el cine, que desde un principio fue su enemigo, un plan de contingencia. Las compañías de ópera saben que tienen la obligación de formar un público nuevo, un público joven, uno que aunque no pertenezca a la clase social alta se sienta también invitado al evento y, sobre todo, que tenga la posibilidad de asistir a la ópera por varias décadas más.

A las compañías de ópera les deseo suerte con esa vaina; pero sí en la ópera un hombre, luego de encontrar a su mujer con otro, expresa su dolor cantando, el cine seguirá haciendo de las suyas y menos mal. ☺

ID:	00000999
Fecha:	1929-03-02 15:54:00
Origen:	BOGOTÁ
Fuente:	Embajada de Bolivia
Clasificación:	ABIERTA
Código:	DJHEFJOIE
Responsable:	ALCIDES ARGUEDAS

## Wikileaks El embajador de Bolivia

Pascual Gaviria

Un embajador es siempre un espía que trabaja al descubierto. Debajo del vidrio de su escritorio todos los diplomáticos tienen recortada una receta sencilla: vini, vidi, dixi. No deben esconder sus intenciones sino mostrarlas con gracia y naturalidad. Y tener una gabardina un poco más cara que los detectives. Si el embajador es además un escritor, pues ya se sabe que habrá un libro de postales infames, susurros terribles y anécdotas risueñas. Algo más sabroso que ese estilo de cable telegráfico que nos ha dejado ver Wikileaks.

Al final de la hegemonía conservadora, en los años 20 del siglo pasado, Colombia tuvo un embajador-escritor que dejó su versión en un diario de campo. Todo el mundo en Bogotá sabía que Alcides Arguedas, embajador de Bolivia con aires de barón francés, estaba tomando nota mientras visitaba a los políticos, bebía con los periodistas o jugaba bridge cada semana con las damas de pluma en la cabeza. Uno de esos Holguines bogotanos se lo dijo muy claro una noche de "koktail": "Yo sé que algún día va usted a publicar un libro sobre Colombia". Cinco años después, en 1934, estaba empastado el libro de Arguedas: *La danza de las sombras. Apuntes sobre cosas, gentes y genteruelas de la América española*.

Ser embajador, así fuera de Bolivia, y ser escritor, así fuera una figura del indigenismo naciente, le abrió las puertas del pequeño club con sede en el palacio de gobierno y sus alrededores: "... me fue posible conocer de cerca y aún íntimamente muchos secretos de la vida social y política colombianas, ganar la confianza de gentes prestigiosas y vivir a mi sabor en el tibio regazo de una sociedad culta, refinada y hospitalaria". Las primeras páginas entregan un sorbo con los planos abiertos del álbum del escritor sobre la sociedad que habitaba esa ciudad "de lluvias menudas, gris, nieblas en los montes, lodo en las calles y tedio en el corazón".

Para soportar esa Bogotá triste y estrecha que según Arguedas empujó a José A. Silva hasta el suicidio, los habitantes de la capital encontraron el remedio infalible del alcohol: "Entre tanto voy encontrando en Colombia cosas que no pensaba ver. Por lo pronto: ebrios. Los hay de toda condición y categoría social y se les encuentra, mañana y tarde, en los bares, en los clubs de sociedad, en las cantinas y aún en las calles. La costumbre del koktail es una manía y casi nadie puede sustraerse a ella. El pueblo bebe chicha y aguardiente; las gentes de sociedad whisky, brandi y champaña". Pero la ciudad necesitaba otro ingrediente para ahuyentar el tedio y sacudir a los borrachos: "Junto a



las cifras de alcohol consumido, añado también *El Figaro*, la de las prostitutas inscritas en los registros de la policía sanitaria y que pasan de 4000 en Bogotá... Alcohol y mujeres... ¡Qué dos ebriedades tan terribles!".

El circo que completa el entretenimiento en la ciudad del Águila Negra, mientras se espanta a los mendigos con un ejemplar de la prensa liberal, está formado por tres espectáculos novedosos: la radio "que pone a nuestros montañeses en contacto íntimo y diario con los sucesos del mundo"; el cinema, "religión moderna que abre nuevos horizontes a la imaginación", y la pasión por los deportes, que "infunde entusiasmo a las gentes de poca imaginación y hasta les hace concebir ilusiones de grandeza... hoy no hay villorrio en los Andes que no tenga sus héroes de la pelota, la raqueta, el boxeo".

El verdadero deporte nacional es la política y Colombia está en vísperas de una elección presidencial. Arguedas, que ha participado en los debates en La Cigarra —cafetería que hace las veces de Congreso alterno—, El Tiempo y los salones de Palacio, hace elogios sobre un clima político en que lo más grave es el chiste malicioso y la maledicencia contra el presidente Abadía Méndez y su fortuna. El más temido polemista de la época apenas tiene un lápiz: Ricardo Rendón, que mira al embajador como si fuera una piedra o un mueble envejecido y que dibuja tres veces por semana una escena que es el cruel termómetro de la política del momento. Arguedas está fascinado por la figura del caricaturista: "Es un bohemio a la manera de los héroes de Mürger, auténtico pero sin melena ni barbas crecidas... Prefiere las tabernas en callejas solitarias, las cafeterías en rincones ignorados. Es un vago ingenio y sencillo, como Verlaine, si valen ciertas comparaciones manoseadas".

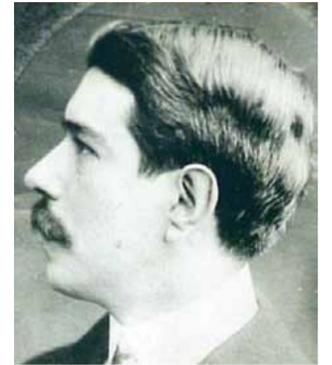
Los tiempos son verdaderamente mansos en la política, lo que el ilustrado visitante llama "un milagro de civismo". Ejemplo es la vista preferencial

a una manifestación de apoyo a Olaya Herrera desde una ventana del Capitolio: "Era, en verdad, una marea humana desbordando por la calle Real...Estaban representados todos los gremios, desde la plutocracia aristocrática del Jockey Club y el Gun, hasta los clubs de los aurigas y carniceros de la villa...No se oyó ni un grito destemplado contra los adversarios, ni una voz discordante".

Sin embargo no todo era cordialidad y respeto. Un sentimiento de paranoia acompañaba a los conservadores que se sentían cerca de perder el poder: "Si suben los liberales al gobierno, han de perseguirnos a los católicos, nos han de arrebatar nuestros bienes y hemos de tener que hacer una revolución para mantener la integridad de nuestras conciencias y el patrimonio de nuestros hijos". En las huestes godas abundaban los poetas con el fusil en bandolera. Uno de ellos, Ismael Enrique Arciniegas, disparó al oído del embajador esta frase categórica: "Hay diez mil fusiles conservadores y habrá que descargarlos antes que rendirlos". Otro contertulio, escritor en tinta azul, remataba con desdén por las elecciones: "En Colombia no cae un régimen con papelitos". ¿Alguna semejanza con la reciente amenaza de debacle nacional por el fin de un mandato de ocho años?

El Vaticano era todavía un jugador clave en la política colombiana. El poeta Valencia y el general Vásquez Cobo dividían al partido conservador, y el Nuncio apostólico era el indicado para resolver la disputa. Un informante le contó a Arguedas las primeras palabras del Valencia a su contradictor dentro de partido cuando se reunieron en la finca La Esperanza: "Roma locuta est, causa fenita est". Se refería a las instrucciones llegadas de Roma aconsejando no dividir el partido y hacer coalición en torno al candidato de mayorías parlamentarias. Ese ruido de campanas en las campañas hace decir al boliviano: "En Colombia pueden y valen más las mitras y los bonetes que las bayonetas y los sables".

Al final Olaya Herrera fue el gana-



dor y a Valencia, segundo en la carrera, no le quedó más que dolerse de su mala fama de poeta: "Las gentes me consideran un hombre incapaz de acción y de observación de los problemas fundamentales del país. Para hacer desaparecer ese libro de poemas yo he publicado un tratado de veterinaria, he construido casas, he cavado los campos y hasta he invitado a las gentes a mis haciendas para que me vean en lazar un potrero a la carrera. ¡Todo inútil! Sigo siendo el autor de *Ritos*, es decir, el soñador".

Tal vez la derrota de Valencia se podía intuir desde unos días antes, cuando Arguedas estuvo invitando a todos sus amigos bogotanos a un recital de Porfirio Barba Jacob en el Teatro Colón. La Atenas Suramericana parecía desdénar a los poetas: "¿Versos?... Déjenos tranquilos por Dios", le responden los cachacos al literato boliviano. Arguedas cree que el nombre del poeta hará el milagro, pero para sus compinches de sombrero Barba Jacob es apenas "un bohemio, un andarin... ¡Dicen que es un indio!". El embajador no condena definitivamente el gusto poético de la capital: "Es la pura apariencia, lo exterior, la epidermis, en fin, porque estas gentes colombianas no pueden vivir sin una melodía interior".

La misión diplomática termina como es justo. Bolivia ha dejado de vender su estaño y no hay presupuesto para sostener la inútil legación en Colombia. Todos los periódicos agitan su primera página en elogios al embajador: "Pudiera decirse que Bogotá encontró en A. A., a pesar suyo, un tipo de letrado que la subyugó por la ordenada simetría de su espíritu, por la templanza de sus ideas y por el señorío de sus labores". En el tren, Bogotá despide a "A. A." con el mismo telón con el que lo había recibido: "Ansiosos se abren los ojos para contemplar por última vez este paisaje de la sabana bogotana, que se aleja al paso del tren y se presenta bajo el cielo gris que destila una lluvia lenta, fina y persistente". ☺



Fotografías por Sady González cortesia Revista Número



# Reserva del sumario

**H**an pasado más de 20 años desde los asesinatos de Luis Carlos Galán y Bernardo Jaramillo Ossa. Los expedientes de esos crímenes siguen abiertos. Imagínese un arrume de papeles amarrados con cuerdas, sellados en cada página, con las huellas de algunos protagonistas, plagados de un lenguaje que habla en el mismo tono del levantamiento de un embargo o el de un cadáver, llenos de tachaduras que les han dejado las versiones que se acumulan: los recuerdos de Virginia Vallejo, las conversaciones en un kiosco en Puerto Boyacá, el desparpajo de Ernesto Báez, las lágrimas de Jubiz Hazbún, la carcajada de Yair Klein. Si alguien fuera capaz de apilar todo ese papeleo y trabajar en una traducción lejos de las fórmulas procesales, encontraríamos una interesante historia reciente de Colombia. Se podría convertir un legajo en un memorial. Maza Márquez, por ejemplo, iría cambiando su figura firme, inmovible, su pequeño cuerpo de héroe por la facha de un tira sinuoso, capaz de tener amigos comunes con su enemigo público número uno. El día que se cumplieron 20 años de la muerte de Galán, el 18 de agosto de 2009, Maza fue capturado por la fiscalía para responder como coautor del crimen. Porque los expedientes también pueden ser novelescos.

Las fotos de los cuerpos de Galán y Jaramillo Ossa en las cubetas de Medicina Legal hacen parte del primer capítulo de esa historia en expedientes. Un fragmento de los recuerdos de escritorio de un juez sin rostro que debió ordenar las primeras investigaciones en los noventa. Su hijo hacía las veces de secretario de juzgado *ad honorem* en las noches. Ayudaba a transcribir declaraciones y a tomar el dictado a las resoluciones del juez. De pronto, en medio del trabajo corriente de auxiliar judicial, esos papeles lo encandilaban, parecía imposible dejarlos pasar: ahí estaban los mártires que justifican la bandera y el escudo en la pared del juzgado. Entonces el juez sostenía los folios y su ayudante tomaba algunas fotos. Pruebas para un increíble álbum familiar.

Dos días antes de cumplirse 20 años del asesinato de Jaramillo Ossa, su expediente también recibió noticias. Un fiscal de la unidad nacional de Derechos Humanos lo declaró crimen de lesa humanidad, con lo que impidió que dos días después la justicia diera un martillazo definitivo y convirtiera esos papeles en reciclaje para los carretilleros de Paloquemao. El líder de la UP hablaba de su muerte con una certeza lejana a los alardes del héroe, tal vez la misma resignación que hizo que no se pusiera el chaleco antibalas ese 22 de marzo del 90: "Yo pienso que..., con toda serenidad lo digo y a veces con frialdad, que yo sé que me van a asesinar". Cuatro balazos en el pecho, disparados por una Mini-Ingram, lo tiraron contra la vidriera de una farmacia en el Puente Aéreo en Bogotá. Sus últimas palabras, que su esposa ha repetido como un salmo, muestran el ánimo tranquilo de un moribundo convencido: "Mi amor, no siento las piernas. Esos hijueputas me mataron, me voy a morir. Abrázame y protégeme".

Los expedientes no solo entregan dramas. La muerte de Galán tiene un detalle que alentará a los expertos en la teoría de la conspiración. El DAS ha mejorado, ahora que solo se dedica al chismoseo. Según dijo el Negro Vladimir, un gran todero de los paras, los sicarios llegaron a Soacha en una camioneta del DAS. Para confirmar la versión, el Negro -nos perdonará la confianza- soltó una prueba de plomo: "Es tan así que uno de los muchachos cambió el arma accidentalmente: la Uzi con que mataron a Galán era un arma del DAS y la del muchacho que iba con Rueda Rocha se quedó dentro del carro". Un registro pareció confirmar esa versión. Jacobo Torregosa, el comodín de última hora en la escolta de Galán, dijo en su informe del 22 de agosto del 89 que en el atentado se había perdido una Ingram 1831.

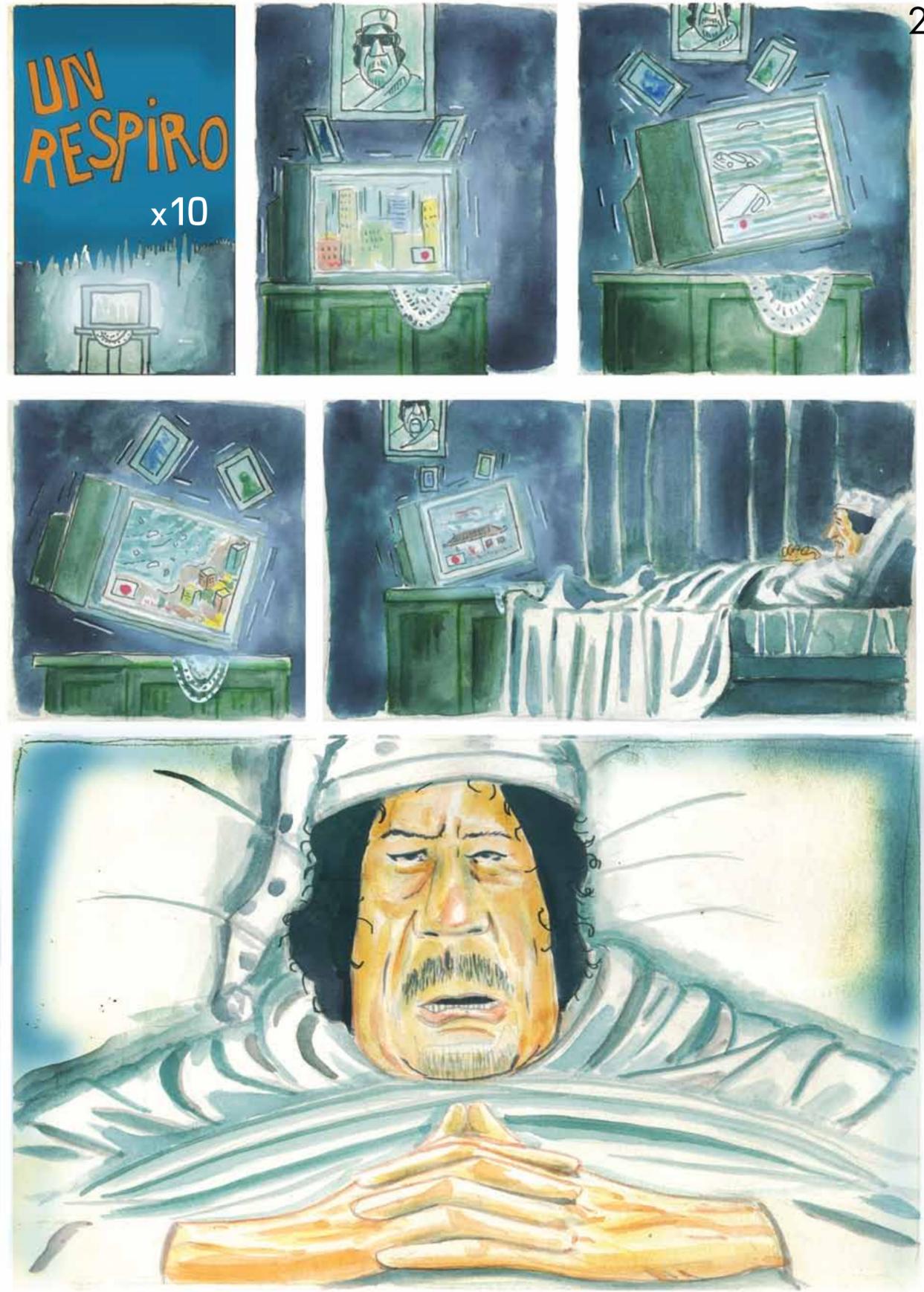
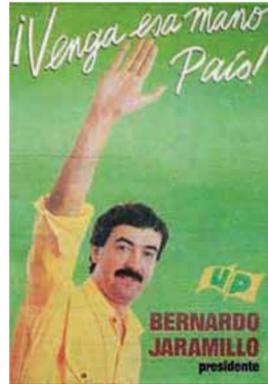
Con dos fotos hemos violado la reserva del sumario de nuestras desgracias.



Luis Carlos Galán S.  
1943 - 1989



Bernardo Jaramillo O.  
1956 - 1990



Ayudas Ortopédicas, Ortesis y Prótesis

Doctor Juan Pablo Valderrama  
Prado Centro Carrera 50A No. 63-41  
Commutador: 444 19 19  
contacto@orthopraxis  
Medellin-Colombia  
www.orthopraxis.com.co

# Siente *tu* Área

## Nos movemos por el aire

La región metropolitana cuenta con El Plan de Descontaminación del Aire, principal instrumento de gestión ambiental para abordar los problemas de contaminación atmosférica, que incorpora un conjunto de estrategias y medidas para la reducción de las emisiones provenientes de las principales fuentes de contaminación. El fin último del Plan es la protección de la salud de la población y el mejoramiento del bienestar social en la región.



Área Sostenible  
Gestión ambiental metropolitana

*Área 30*  
METROPOLITANA  
Valle de Aburrá  
AÑOS  
1990  
2010